

EL

(2)

PIRATA DEL GUAYAS

POR

MANUEL BILBAO.



VALPARAISO:

IMPRENTA Y LIBRERIA DEL MERCURIO

de S. Tornero e hijos.:

—
1865.

PRIMERA PARTE.

I.

¡Bella es la naturaleza que se ostenta en las márgenes del Guayas!

Cielo despejado, teñido de fuego en el horizonte por los rayos abrasadores de un sol africano. La luz se presenta sin anunciarse por la aurora que aparece en las rejiones apartadas de los trópicos. La débil claridad que precede al dia abre el curso a las fatigas del calor, cuyo trono se alza majestuoso a las orillas de un caudaloso rio que dió nombre al pueblo que baña con su corriente. Bosques inmensos delínean sus riberas, presentando graderias de arboledas enormes que compiten en elevacion y frondosidad.

Una isla cortada al Oriente por el caudaloso rio, y al Poniente, por un brazo estrecho de mar sirve de asiento a la ciudad.

Cuando el sol declina, el lado opuesto el ocaso presenta la cadena serpenteada de los Andes que, abatiéndose al Noroeste, deja encumbrarse la nevada mole del Chimborazo, cuya aparición por encima de las nubes, disputa el imperio de los aires a esos vapores que le sirven de ropaje, cual si fuera un gigante de la eternidad.

II.

El buque que conduce al viajero al pueblo de Guayaquil principia a internarse desde la estensa isla de Puná. Esta isla sirve de costa a una parte del océano y de puerta a las corrientes del Guayas que se deslizan por grandes brazos, envolviendo en su curso los árboles y pastos que arrastra desde su nacimiento.

Cada brazo es la faja de una isla inculta y vírgen, donde se aposenta el lagarto monstruoso, la culebra venenosa, el reptil mortífero y el criadero del desesperante mosquito.

Un lodo espeso, cubierto por enredaderas y árboles siempre verdes, ocultan aquel piso peligroso que invita a pisarlo a causa del atractivo producido por ese manto de vida que engaña a la vista.

Catorce millas se interna el buque por entre esas calles de frescura para la imaginación y de ardor en realidad. Parece aquello un sarcasmo dilatado, donde el calor agovia el cuerpo y la vista se recrea.

A medida que esas catorce leguas van des-

apareciendo, el aire templado que corre va agotándose; principia a respirarse con dificultad, una traspiracion sofocante asalta y el mosquito se encarga de festejar al recién llegado.

Cae el ancla y Guayaquil está a la vista.

III.

Se salta en tierra, unos palos flotantes de balsa que suben y bajan a merced de la marea, es del muelle que sale del malecon. El malecon es una calle ancha y estensa que forma la masa de la ciudad, adornada por casas elevadas sobre arcos de maderas; calle hermosa que corre a lo largo del pueblo, presentando a un lado los edificios o al otro el rio. Aquel es el paseo. A cada cien varas se encuentran las desembocaduras de las calles que atraviesan la poblacion. Las veredas están cubiertas por galerias. El centro de cada calle es un pantano cuyas aguas dejan un lodo verde que se corrompe con el calor siempre dominante. Cierta fetidez exalada por esos depósitos, anuncia de pronto la causa de las frecuentes epidemias y explica la palidez enfermiza de los habitantes.

Desde luego se echa de menos el bullicio de los pueblos y el ruido de las ciudades. No hai rodados y la jente permanece encerrada en sus casas.

IV.

Las lluvias han pasado, se anuncia la entrada del 3 de junio. (1) Llega la deseada estación y la temperatura cambia. El terreno se seca al amanecer y por la noche se siente una agradable brisa que consue'a la actitud del cuerpo producida por el calor del día. Los mosquitos disminuyen; no se dejan sentir con la rabia que despliegan en el tiempo de las aguas.

Entonces el malecón se cambia en un paraíso terrenal y da lugar a ser ocupado por los hombres. La mujer no se digna concurrir, sería un acontecimiento revolucionario que una pollera se pasease.

Tras los espesos toldos de los balcones se divisa con dificultad a la vírjen y no vírjen de todas las condiciones que se mete en el lecho llamado amaca. Allí esperan la noche para dejarse ver de las estrellas.

En esas tardes es preferible renunciar al paseo y pasar a la sábana que sirve de espal-

(1) En Guayaquil solo hai dos estaciones, verano e invierno. Llaman verano dos estaciones, los seis meses en que no llueve, e invierno los seis en que llueve. Así es que el tiempo de gran calor es llamado al reverso de lo natural y aquel en que se siente algún fresco, se le da el nombre de verano. Este error nace de clasificar las estaciones por la época de las lluvias, olvidando las reglas astronómicas que las clasifica con arreglo a la marcha del sol en su curso anual.

da a la poblacion, teniendo por límite un estero navegable y cuyo horizonte es cortado por una baja colina. Allí se puede respirar con mas libertad!....

Cae el sol y se levanta un horizonte de fuego. Creeria verse el incendio de las entrañas del mundo, amenazando cubrir la mitad del globo que dejaba de alumbrar el astro a quien los Incas adoraban como al representante de Dios. Los católicos en el delirio de sus creencias se figurarian ver en ese incendio la mansion de los condenados.

La noche entra sin anunciarse por el crepúsculo.

V.

Entra la noche y la oscuridad se presenta para aumentar la tristeza del hombre.

Las casas entregadas al silencio de la inaccion. La juventud se ahuyenta y los bellos grupos de muchachas se ven condenados a perder en la soledad el esplendor de la infancia. Y las familias, espejos de una virtud y de un arte seductor, corren tras los años marchitando la savia de una maternidad sin porvenir, sin recibir el espíritu que vivifica el corazón y sin pasiones que las eleve a la creacion de un mundo nuevo.

A la asociacion ha sucedido el aislamiento, fruto amargo cosechado de los disturbios políticos que por largo tiempo destrozaron a aquella república!

Allí todo se critica para impedir que se haga algo. El imposible reina.

¡Desgraciada juventud que se ha revestido de la esterilidad cartuja!

¿Pues que otra clasificación puede darse a una sociedad que desea los gozos de todo pueblo culto y que con todos sus esfuerzos tienden a privarse de ellos?

VI.

En tal pueblo y en tal sociedad se notaba a principios de 1852, una alarma que sacaba a sus habitantes del estado normal en que se encontraban. Se les había anunciado la proximidad de una invasión extranjera, capitaneada por el caudillo jeneral Flores. Las noticias que allí llegaban pintaban a los expedicionarios con colores alarmantes. Se decía, que una escuadra se preparaba para atacar la ciudad, compuesta de mil y más hombres recolectados en la clase perdida de los pueblos americanos y de los emigrados extranjeros que aventuraban su vida por buscar fortuna. Que tal colección de bandidos entraría saqueando y arrebatando la virtud a las tiernas jóvenes de familia; que la población sería destruida si no por el cañón, al menos por el desenfreno de las tropas que carecían de moral.

A los males inmediatos de la invasión, se agregaba el horror que sentían los hijos del Guayas pensando en las consecuencias de un triunfo del jeneral Flores; porque a su nombre

asociaban el recuerdo de quince años de degradacion y humillacion, fuera del luto de centenares de familias de los que habian perecido combatiendo denodadamente en Miñarica, Seis de Marzo, la Elvira y tambien en los patíbulos.

Por otra parte, consideraban a ese caudillo, una vez que se entronizase, como a un hombre que esparceria el terror y acallaria el mandato de las leyes y de las garantias individuales. Le miraban con espanto por el pasado de su administracion y con terror, por el carácter de conquistador que investia en aquel momento. Era visto, como el Bobes que sobresalió en la cruda *guerra a muerte* que asoló a Venezuela en los tiempos heroicos de de la emancipacion colombiana.

Se temia, pues, por la vida y por el porvenir; temor que se revelaba en el grito de invocacion que se hacia al patriotismo del pueblo, presentando ante sus ojos, la imájen sagrada de la Libertad. El pueblo escuchaba con toda la verdad que se siente en las épocas aciagas, ese eco de valor y abnegacion, aun cuando sea lanzado por déspotas que especulen con los sentimientos innatos del hombre; pero que ofusca y forma guerreros para morir antes los altares de la patria, viviendo a la gloria y rechazando al tirano.

Los partidos se habian unido bajo el estandarte de la independendia ecuatoriana y pocos hijos estraviados sentian la alegria en el corazon, sin darse cuenta que se jugaba en aquel peligro la honra del pais.

Los ecuatorianos veían en Flores al primer capitán del siglo y a los jefes que le acompañaban dignos de la gloria que se adquiere por el valor. Y en verdad, entre esos hombres iban personas meritorias, que estraviadas por un odio personal a los mandatarios del Ecuador, creían lícito abrirse las puertas de la patria con el cañón de la conquista. Hombres de bien que, desesperados por la proscripción, juzgaban como el único recurso de arribar al seno de sus familias idolatradas, aquel medio condenado por los códigos de la civilización. Talvez el sentimiento les ocultaba el mal que se inferían.

VII.

Con semejantes antecedentes, el temor del pueblo crecía al extremo de considerar perdido al puerto principal de la república, por cuanto el ejército de línea se hallaba en Quito sin poder acudir a la costa, en razón de la incomunicación del camino, originada por las lluvias.

La plaza apenas contaba con 500 hombres para su guarda.

Para reparar ese temor justo que se sentía, las prensas lanzaban papeles incendiarios, desafiaban a los expedicionarios y las mismas bellezas parecían ofrecerse en holocausto para un caso extremo. De tal decisión había resultado el alistamiento de la juventud en las filas de los defensores para combatir al frente de sus amores y por la salvación común.

En un estado como este se encontraba Guayaquil cuando se supo la salida de la expedición floreana y su arribada a la isla de Lobos. Es concebible el efecto que haría esta noticia y el espanto que produciría, al pensar que en cuatro días podía presentarse en las aguas de la ría; mas ese espanto, nacido de un justo motivo, fué para otros el renacimiento de una esperanza que daba lugar a planes terribles. Era el azote de la humanidad que salía de un desierto, para conquistar con la fuerza del puñal el poder. Era la ocasión que se aprovechaba por ocho individuos para combatir a la expedición y a los defensores del país. Una tercera entidad que se presentaba con el carácter del bandido que se denomina pirata (2).

VIII.

¿Quién era el pirata? ¿De dónde venía?

La noticia de la expedición Flores era un hecho tan notorio, que solo se ponía en duda por los que la armaban, siendo que en el archipiélago de Galápagos, donde algunos balleneros arriban para proveerse de animales y agua, y en donde se encuentra el silencio del desierto, se llegó a saber por ocho hombres

(2) Los hechos que han originado este trabajo son tomados del proceso criminal que existe en la escribanía de Guayaquil. El que dudase puede ocurrir a ese archivo. Los nombres de los bandidos son otros de los que aquí se ponen.

que estaban alejados de las ciudades de! Ecuador.

En una de las islas de ese archipiélago se encontraban ocho individuos que los tribunales de justicia habian condenado a algunos años de residencia en aquel punto. Los jueces estaban en la idea de que el criminal es un ser perdido, a quien la pena debe curar sin otro medio que el castigo. Por tal razon habian creido conveniente destinar una de esas islas a la recepcion de criminales, para que alli, careciendo de gozes, de recursos y apartados de la sociedad, espiasen su pasado en el silencio y en la desesperacion, habitando una tierra salvaje, de donde era dificil salir. Con tal providencia creian vindicada la sociedad, separado el delincuente y satisfecha la lei.

El código criminal estatua esas reglas de barbarie y a la vez otras muchas que aun imperan como un monumento de la degradacion humana a causa de una indolencia reprochable, por un olvido siniestro de los gobiernos, por falta de luces para inquirir las reformas sociales, y mas que todo, por ese espíritu servil que encadena la carrera de la civilizacion a la ciega obediencia y a la conservacion ridicula de cuanto se nos legó con la conquista, que llamamos *statu quo*. Los congresos se habian eliminado de atender a la reforma criminal y los jueces apoyaban sus conciencias en la letra de la lei, aun cuando la lei fuese el cadalso del honor.

No comprendian que la lejislacion penal debe tener por base la vindicacion de la se-

ciudad por medio del castigo y la reahabilitacion del delincuente a la vez. Tenian la creencia de considerar al criminal como a un enemigo monstruoso que dejaba de ser hombre para siempre.

De ahí nacia el odio apagando la compasion, el castigo desterrando de la asociacion al extraviado, perdiéndole y formando un réprobo perpétuo al que podia haber vuelto a ser un ciudadano útil. La experiencia no les convencia de los fenómenos criminales; los criminales famosos habian salido no del seno de la sociedad, sino del seno de las cárceles, del corazon de los presidios, de la infamia de la pena, focos de aprendizaje para el ladron y el asesino; escuelas permanentes en donde el alma se acostumbra con el alma de los que le rodean; el corazon se endurece y pierde la sensibilidad del sentimiento, la intelijencia estudia la perfeccion del crimen y en donde el contajio de la sociedad distraida con la asociacion de todos los criminales, se acostumbra a amar el mal y a combatir cuanto les ponga de contrario la sociedad que les ha expulsado de su seno y les ha marcado con la infamia.

El respeto al espíritu conservador que por tantos años ha detenido el desarrollo moral y material en estos paises, con detrimento de las ideas republicanas y de las riquezas naturales, al extremo de poner en duda el porvenir independiente y libre a que la revolucion americana nos condujo; ese respeto funesto por lo establecido que nos ha orijinado revo-

luciones y trastornos poco fructuosos, impedía se conociesen verdades como las que hemos espuesto, y aun conociéndose preferían los legatarios del retroceso, seguir en la senda ya andada, sea por temor a innovar lo que leyes estúpidas y atrasadas habian prescrito, sea por la ignorancia de los hombres que regularmente han ocupado los destinos directivos de estas repúblicas, con ofensa de las luces y con descrédito del sistema representativo y de la reputacion nacional.

De tales hechos, que es la historia de lo que pasa en nuestras repúblicas, habia resultado la traslacion de esos ocho hombres que ahora residian en Galápagos y acababan de saber la nueva de una guerra en su patria, por conducto del gobernador del archipiélago, un Sr. Mena.

IX.

El archipiélago de Galápagos se compone de diez y ocho islas situadas en la latitud de la línea equinocial y como a quinientas o seiscientas millas de la costa. Tres son las principales. La mas estensa que mide cerca de cuarenta leguas a la redonda y que se encuentra al Oeste de las otras, se llama Albemarck. Una selva vírjen cubre su superficie. Montes elevados aparecen del centro que está poblado por árboles corpulentos. Sus costas están guarnecidas de rocas escarpadas donde azota con estrépito un mar enfurecido.

Es en esta isla donde se encuentra la tor-

tuga en abundancia. Hacia el lado Norte de Albemarle está la segunda, tres veces mas pequeña que la anterior y que nada ofrece de notable. Hacia el Nordeste de esta última está la tercera, conocida antiguamente con el nombre de San Carlos y posteriormente con el de Floriana.

La Floriana presenta una triste perspectiva. Un conjunto de volcanes apagados. La existencia del archipiélago parece no contar muchos siglos al juzgarse por la multitud de bajos que hai al acercarse, la poca antigüedad de los árboles y la conservacion de las cenizas que yacen cubriendo la superficie de esta última. Parecen esas islas nacidas de erupciones volcánicas submarinas.

En la tercera isla que indicamos se encuentran unas doce habitaciones rústicas, situadas sobre la pataforma de un grupo de montañas, a la cual se llega en una hora de marcha desde la costa. Allí se encuentra una fuente de agua dulce.

En este sitio árido y melancólico, apartado de toda comunicacion con el resto del mundo, donde las lluvias caen con la fuerza del granizo, los vientos soplan con la violencia del huracan, donde de dia el calor despliega su fuerza abrumadora y de noche el aire esparce un frio penetrante, donde el alimento es escaso, dificultoso y miserable, y donde no se oye otro ruido que el estallido de las olas y el bramar de los huracanes; en este desierto poblado de insectos y de miseria se encontraba el lugar que las autoridades habian destinado

para la purificacion de los criminales del Ecuador.

Cuando en 1848 el piloto Fulton de la goleta *Rosita*, que viajaba para California, se fugó dejando en tierra a los viajeros, D. Ernesto Charton (uno de ellos), dice que en ese entonces eran cincuenta los reos que allí vivian y entre ellos una jóven arrojada allí por los tribunales *para su enmienda*. Mas en la época a que nos referimos en este trabajo la isla tenia ocho criminales, el gobernador y cuatro hombres mas que le acompañaban en sus labores. Estos últimos vivian a orillas de la playa en donde paraban mui poco, ocupados como estaban en beneficiar galápagos, pescar langostas y bacalao que allí hai en abundancia. Para hacer estas operaciones se embarcaban en la única balandra que habia y en ella se trasladaban a Albemarck y permanecian en el mar. El resultado de estos trabajos se espendian a los balleneros o se remitia a Guayaquil cuando aparecian embarcaciones.

Los presos tenian que mantenerse con lo que hacian ellos mismos, o con patatas que extraian de la tierra. El fuego se lo proporcionaban encendiendo troncos débiles que con solo remecerlos caian.

Sin otra ocupacion que aquella y sin mas esperanza que la de aguardar la conclusion del término señalado en las sentencias, los criminales vivian como viven los animales en medio de los montes, maldecian y acostumbraban sus almas al desprecio de la vida y al ódio de la humanidad. Fugar era imposible,

ni habia en que ni sabian a donde ir. Tenian que saborear el tormento de la desesperacion.

X.

Tal era la situacion de los ocho reos, cuando el gobernador les participó la noticia de la guerra del Ecuador. Esta noticia se las dió al embarcarse en su balandra para ir a las ocupaciones que conocemos.

Habia pasado algun tiempo desde que se habia separado este, cuando uno de los ocho reos, llamado Bruno Arce, dijo a sus compañeros que se encontraban sentados en la p'aza.

—¿Han oido Vdes. al gobernador?

—¿De que hai guerra en Guayaquil? dijo el mas jóven de ellos, a quien llamaban Galiete.

—Sí, eso mismo, replicó Bruno con semblante animado que contrastaba con la indolencia brutal de los otros, eso mismo.

—¿Y qué nos importa esa guerra? objetó un otro, que tenia la cara cubierta de una larga patilla mezclada con el cabello desaliñado que le caia en mechones sobre la frente y el cuello, por cuya razon se le llamaba el Oso.

—Tiene mucho, contestó Bruno, nuestra libertad quizá.

—Esplicáte, espícate, le replicaron todos con cierta exigencia que mas bien parecia burla que otra cosa.

—Me admira que se muestren asi, les dijo Bruno formalizando la espresion de su sem-

blante. ¡No acaban de oír que hai guerra en el Ecuador y no ven Vdes. que si la paz continuase tendríamos que estar aquí seis u ocho años mas, al paso que ahora se han cumplido nuestras condenas?

—Haces bien en admirarte, le contestó el Oso con cierto aire de burla; qué tal! ¡No has pensado hombre de Dios que estamos en medio del mar sin poder salir aun cuando el mundo arda. Habrá guerra y cuanto quieras que haya, pero todo pasará y aqui mismo tendremos que saber que ha acabado.

Diciendo el Oso estas palabras que revelaban el pensamiento de sus compañeros, soltó una carjada de pífia y de despecho y echó a andar hácia uno de los ranchos en que vivian. Bruno tomando por una injuria el modo brusco y sarcástico del Oso, echó mano a un puñal y amenazándolo le gritó.

—Si eres capaz de reírte de mí, ven a probarme que no eres cobarde.

El Oso que seguia su camino aumentando la risa, creyó que el reto de Bruno era una chanza, y en vez de pararse continuó la burla con mayor descaro. Bruno aumentó su rabia y volvió a provocar al que parecia desairarle.

A este desafio repetido, el Oso se detuvo herido por el insulto. Lanzó sobre su adversario miradas de fuego y se alistó para lanzarse sobre el que le habia llamado cobarde, ultraje que entre ellos equivalia al mayor agravio que podria hacerse.

—¡Hablas de veras? le interrogó el Oso con rabia manifiesta.

—Sí, le respondió Bruno con enerjia, de veras.

—Desdícete, por que de lo contrario te destripo, le repuso el Oso haciendo brillar en la derecha un agudo puñal, y envolviendo en la izquierda un rito sucio, como si fuese un escudo para barajar los golpes de su contrario.

—Si me desdijera seria yo quien debiera llamarse como te he llamado, replicó Bruno a tiempo que se precipitaba de un salto sobre su adversario, procurando pasarlo con el puñal.

El Oso paró el golpe con el escudo improvisado y dando un sacudon con la cabeza para despejarse la vista, echó los cabellos hácia atras y correspondió el ataque que Bruno eludió dando un salto a retaguardia.

A este tiempo, los compañeros se interpusieron y con gran trabajo, separaron aquellas furias que parecian en su elemento sedientos una de otra por beberse la sangre.

—No hai que matarse camaradas, les dijo Galiote, que era chileno y quien a usansa de su pais, les habia enseñado a combatir con el puñal del modo que acaba de describirse; no hai que matarse, el asunto es una bufonada. Somos hermanos de desgracia, reconcíliense.

Una mirada de liena se dirijieron los contendientes al verse separados.

—Los dos tienen razon, agregó otro de los reos procurando apasiguarlos, pero no para pelear. El Oso se ha reido de las esperanzas

de Bruno. Pienso que no hai para qué acalorarse, pues Bruno no ha hecho mas que comenzar su idea; quien sabe cual sea su plan. Opino porque se suspenda el pleito hasta que conozcamos si lo que dice el Oso es mejor que lo que decir el otro.

—Dices bien, dijo Bruno, tenia un plan que el Oso me ha impedido explicar con su insulto.

—Sí no tuve razon en lo que dije, objetó el contrario, me desdigo de lo hablado, pero sino volveré a reir.

—Te reirás, añadió el del plan, cuando me mates.

—¿Ya volvemos? interrumpió Gaiete ¿ya volvemos a las mismas? Asi no avanzamos. Si quieren pelear, tiempo les sobra; pero antes sepamos el plan.

—Sí, sí, que nos cuente el plan antes de volver a pelear y despues que hagan lo que quieran dijeron todos.

—¿Y despues nos dejan pelear? objetó Bruno.

—Palabra de hombre, contestaron los camaradas.

—Pues bien voi a esponerlo y que escuche el Oso para que vea lo que tiene que hacer.

—Listo, lo dicho dicho, repuso el Oso, pero vamos a la habitacion porque la noche entra.

—Aprobado, respondieron todos, dirijiéndose a los ranchos que cobijaban a los reos.

XI.

Estos ranchos eran de pequeñas dimensiones, habitado cada cual por uno de los presos. No tenían mas que un piso del cual se elevaba la armazon, apoyada por troncos sin pulir y tejidos sus techos y paredes de juncos marinos. El suelo era el mismo de la isla, desparejo y volcánico. En la habitacion que acababan de ocupar se veían algunos pellejos, mantas tiradas y ropa andrajosa. Hacia un rincon se divisaba una pipa con agua y algunos mariscos que servían de alimento. Cántaros y ollas de barro se encontraban en el centro de la pieza, rodeando un monton de ceniza, donde ardía un poco de fuego.

Este era el ajuar de los deportados.

Cuando hubieron llegado a la pieza, despues de la escena que acababa de pasar, uno de los compañeros arrimó algunos leños al fuego y levantó una llama que alumbró la habitacion. Luego se sentaron al rededor de esa hoguera y allí se dispusieron a oír y discutir el plan de Bruno.

Al frente de la puerta se collocó el Oso, hombre de cuarenta años de edad, de facciones groseras y cuya cara ennegrecida por la intemperie y la falta de asco, apenas dejaba entrever por en medio de los pelos que le caían de la frente, el ojo encendido y la nariz aplastada de una fisonomia siniestra. Vestía una camisa amarilla de lana y sobre ella se

echaba el rito gris que le servia de capa y de escudo. El pié desnudo y abierto, se manifestaba en toda la deformidad de su hechura por el pantalón de bayeta azul que sostenía con una faja descolorida, en donde guardada su compañero de infancia, el cuchillo. Aquel hombre era bajo de estatura, abultado en carnes y de una musculatura acentuada y dura como el fierro.

A la derecha de este se encontraba Augusto Barra, de facciones desencajadas por el hundimiento de las mejillas.

Era de treinta y cinco años y en la tristeza de sus ojos se dejaba entrever algo de melancólico y de desesperante. Hablaba poco y regularmente se entretenía en abrir galápagos para en seguida comer su carne asada en la concha del animal. Cuando se espresaba en medio de los amigos, sus palabras eran quejas y sus deseos venganza.... Tenia antecedente amargos, que esplicaban ese carácter.

Seguia este jóven Galiote, chileno y de 22 años de edad, que acariciaban sus compañeros como al hijo de su experiencia. El muchacho era delgado y robusto, nariz aguileña y vista despejada notándose la vivacidad de la pupila de sus ojos que no se detenía en objeto alguno.

Una camisa rosada y sucia, entrada en el pantalón de lona salpicado por el lodo, cubria aquel cuerpo viril que se educaba al lado de maestros tales como el Oso.

Al lado se hallaba Bruno, el del desafío; hombre de estatura regular, de cuerpo seco y de fisonomía distinguida. La tez de un color

que tendia al bronce e inalterable a los ardores del sol, al soplo de los vientos y a la humedad de las lluvias. Frente estrecha y alta, coronada por un cabello fino y negro como el azabache que caia en ondas encrespadas sobre el cuello. Mejillas anchas pobladas de una patilla espesa y oscura que daba realce al perfil un tanto encorvado de la nariz. Ojos azules y pequeños, risueños de costumbre y duros en el sufrimiento. Cuando la rabia le asa'taba, un tinte de sangre asomaba a la órbita del ojo que lo presentaba feroz. Cuidaba de su persona, y ese cuidado anunciaba que el hombre esperaba volver a una carrera de amores. Usaba chaqueta y pantalon de paño verde, ceñido al cuerpo. Camisa colorada que embellecia el conjunto varonil de su físico.

A continuacion se encontraban tres mulatos altos y musculosos que reian con frecuencia, mostrando una fila de dientes esmaltados y parejos. Eran hombres de 30 a 40 años. Y el octavo que cerraba el círculo, era Juan Calzada, de aspecto repugnante y de un pasado asqueroso que se revelaba en la ancha boca que remataba en mejillas huesosas y pronunciadas. Le apellidaban el Zapo.

Todos llevaban vestidos diferentes, y la única prenda parecida era una cuchilla de mas de cuarta de largo, metida en una vaina de suela que guardaban en la cintura, atada por una faja o cuerda.

Cuando estuvieron sentados al rededor de aquella llama, que los presentaba coloreados de un tinte encendido y brillante, Bruno to-

mó la palabra para espresar el plan que habia concebido, con el objeto de salir de aquel estado. Si el plan era aprobado por la mayoria, el desafio con el Oso no tenia lugar, y si no, debia efectuarse. Por esta razon y por el anhelo que cada cual manifestaba en salir de la isla, es concebible la seriedad y atencion con que todos se pusieron a oír a Bruno, que daba principio a la cuestion.

XII.

—Decia, compañeros, dijo Bruno, que la guerra de Flores con el Ecuador, habia dado fin a nuestra prision; porque en donde hai guerra, todos mandan y la autoridad no puede emplearse mas que con aquellos que están bajo el dominio de las armas.

—Hasta aquí dices bien, interrumpió el Oso, la guerra es el festin de los que nada tienen que perder.

—Y qué festin! mi querido, añadió Calzada abriendo su ancha boca que presentaba unos dientes todos amarillos, un festin en que el que no quiere no roba ni mata. Allí la pagan los enemigos, oh! si yo estuviese, aprovecharia de la ocasion para matar al que me tomó preso.

—No pudiendo los del Ecuador, continuó Bruno que habia sido interrumpido por los anteriores; salir del rio, es claro que nosotros no estamos bajo su poder y no estándolo, es tambien claro que nadie nos manda y estamos libres. ¿No es verdad?

—¿Y el gobernador? objetó Galiote; ¿no nos manda?

—Nos manda, contestó Bruno, si nosotros lo queremos.

—¿Cómo, si nosotros lo queremos? dijo uno de los zambos, con un aire estúpido de duda. Explicáte.

—Nada mas fácil de explicar, respondió Bruno. El gobierno nos manda y nosotros le obedecemos, no por temor a los cuatro que le acompañan, sino por que si alguna vez le hubiesemos atacado y vencido, habria venido fuerza de otro pueblo y nos habrian degollado. Pero ahora que nadie puede venir a socorrerle ¿seriamos tan flojos que temiésemos a cinco hombres? Basta sorprenderlos para acabarlos.

—¿Y cómo sorprenderlos cuando la mayor parte del tiempo lo pasan en la otra isla? ¿cómo salir de aquí para irlos a buscar? añadió el zambo.

—Esa es la dificultad del Oso, observó Galiote, y por cierto que ahora la encuentro de paso.

—Nada es difícil, camaradas, contestó Bruno, para el que quiere hacer una cosa con resolución. Si esa es la dificultad que tienen ustedes puede salvarse sencillamente.

—¿Sencillamente? murmuraron todos con interes particular, mirando al que tales cosas decia. ¿Sencillamente?

—Díganme antes de todo, ¿tendrán ustedes dificultad para morir si es necesario?

—Entendémencs, dijo el Oso, para morir

en pleito con el mar, yo me resisto porque es una muerte sin provecho; ¿en que parte le daría de cuchilladas?

—No con el mar, respondió Bruno, con seguridad, combatiendo con hombres.

—Con hombres aunque sean cinco: exclamó fanfarrónicamente su adversario.

—Con hombres no hai dificultad, añadieron todos con entereza.

—Si no hai dificultad para morir en un caso necesario, continuó Bruno, tampoco la hai para salir de aquí. Voi a espresarme.

—Atendamos que esto es curioso, dijo el Zapo llamando la atencion de sus camaradas que parecian distraerse.

—No es para tanto, mi amigo, siguió el del proyecto. Qué harian Vdes. en el caso de que estando presos, se les dejase la puerta de la prision abierta por un momento y en esa puerta se encontrase un extraño a caballo?

—Echar a correr, respondieron los camaradas.

—¿Pero si tuviesen las piernas valdadas y únicamente en estado de andar un corto trecho?

—Quedarnos sin salir.

—¡Valiente cosa! exclamó Bruno, ¿nada harian? ¿no se aprovecharian del caballo?

—De qué modo cuando sobre él estaba un hombre?

—¿Con ánimo, les observó Bruno, salvando la dificultad, echando por tierra al que estaba encima, y luego ocupando su puesto.

—De lo dicho al hecho hai mucho trecho,

camarada, observó Galiote, porque para derribar a ese hombre seria preciso pelear y en la pelea, seria uno tomado.

—Si te pones a pelear, convenido, contestó Bruno; pero si en lugar de perder el tiempo das una buena *tajada* al extraño, todo estará concluido en un segundo.

—¡Matándolo? oh! eso me parece mui duro agregó Galiote; ¡por que matar a uno que nada me ha hecho? Seria un crimen que me llevaria al banco.

—Se conoce tu inocencia interrumpió el Oso; sabe jóven querido que el matar no es crimen cuando de la muerte resulta un bien al que la hace. Nunca te acuerdes del banco; el dia que nos toque, que venga, pero no te acuerdes de él, por que asi jamas serás hombre. Entiendes?

El jóven que no habia perdido completamente las últimas pulsaciones del sentimiento repuso con enfado.

—Por eso son Vdes. tan desgraciados camaradas, no temen a la justicia de Dios.

Una estrepitosa carcajada de los siete compañeros, fué la respuesta que recibió el jóven Galiote.

—¡Ni a la justicia ni a Dios! repitió Barra con énfasis, como si en el mundo hubiese justicia, y esa de Dios quien sabe.

—Pareces un condenado, agregó Galiote, asustado de la blasfemia. Bien puedo ser un facineroso, mas no por eso desconfio de volver a ser hombre honrado cuando cumpla mi condena.

—¿Y en qué parte piensas ser hombre honrado? le interrogó Barra, reasumiendo el pensamiento de los otros. Sábetete que cuando vuelvas a los pueblos, los hombres se reirán de tí, nadie te dará trabajo porque te creerán ladrón, y si alguna vez llegas a conseguir una ocupacion, será humillándote y oyendo repetir a cada momento el letrero del bonete que te pusieron en la plaza, cuando el verdugo te azotaba, *jazotado por ladrón!*

Este recuerdo de los azotes hizo perder la tranquilidad a Galiote y recordar con todo el dolor que lleva en sí la infamia de esa pena, la muerte de una esperanza que le fortificaba creyendo en la justicia y en Dios. Barra que le observaba mudar de semblante agregó:

—La justicia es para el pobre su perdicion, y si ella no existiese, tan seguro que habríamos hecho algo por reconciliarnos, con nuestros enemigos; ¿pero cómo reconciliarnos cuando sobre nuestras frentes está impresa la deshonra? ¿cómo llegar a ser hombre honrado cuando todos nos condenan a vagar por las calles, ocultándonos de la luz del dia y condenados a quitar por fuerza lo que no se nos proporciona para subsistir? ¿Cómo esperar en el honor cuando nadie nos creerá capaces de él, y por donde quiera que vayamos encontraremos hombres que huyan de nosotros y nosotros abriguemos la persuacion de ser mirados con el desprecio que se tiene a los infames y el miedo que se tiene a los malvados? Por eso es que yo maldigo; porque me veo perdido para ser hombre de bien y con-

denado mientras exista a ser un enemigo de mis semejantes, porque ellos lo son de mí.

—Has hablado como un veterano, le dijo el Oso; lo que Haman justicia es tambien la causa de mi perdicion. Puedo asegurarles, camaradas, que en adelante no podria vivir mas que entre personas como Vdes.— Y dirigiéndose a Galiote que estaba absorto en la conversacion, agregó.—Aprende, amiguito, de nosotros que tenemos experiencia. En este mundo no te resta otra cosa que hacer sino renunciar a toda esperanza y no pararte en pelillos cuando quieras alcanzar algo. Acuérdate que los azotes te han inutilizado para la sociedad, escepto para matar, robar y seguir adelante.

Galiote tenia las mejillas encendidas por la sangre que se le agolpaba a la cabeza, sintiendo revivir la vergüenza que no se pierde en la infancia. Quiso cubrirse la cara con las manos, para ocultar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas; pero advirtiéndolo los camaradas volvieron a soltar otra carcajada estúpida que pintaba el cinismo de sus almas.

—¡Muy bien! ¡muy bien! le dijo Bruno, queriendo consolar al jóven, ¡muy bien! pareces una mujer. ¿Con que aun sientes los azotes? ¡hola amiguito! pues nosotros nos reimos de lo que se nos ha dado. Animo muchacho y guarda esa rabia para vengarte!

—¡Para vengarme! exclamó Galiote con un aire de sorpresa y de alegria tal que sorprendió a sus camaradas. ¿Cuándo? ¿cómo?

—Asi estás interesante, le respondió Bru-

no. Te aseguro que te vengarás; confía, confía en la esperiencia.

—¡Si alguna vez puedo vengarme, volvió a esclamar Galote, olvidando su instinto humano y revistiéndose de la ferocidad del desesperado, seré feliz, gozaré, mi corazón respirará.

—¡Bravo! ¡bravo! gritaron los reos, eres de esperanza.

Y el Oso movido por un impulso de entusiasmo añadió con estrépito.

—Te hago mi hijo.

Los camaradas se rieron del entusiasmo de esos dos compañeros.

Todo está corriente, interrumpió Barra, pero hasta ahora Bruno no nos ha sacado de la duda.

El silencio reapareció en el círculo; agregaron algunas leñas al fuego y haciendo levantar las llamas con vigor, esperaron que Bruno siguiera. Este no se hizo esperar.

XIII.

La palabra venganza habia sido para todos una voz mágica que los conmovió de placer. En la fisonomía ardiente y exaltada de los deportados se dejó ver la ansiedad por alcanzarla. Eran consecuentes al encadenamiento de los malos sentimientos que se despiertan en el hombre, cuando ha sido presa de un crimen. Vengarse era para ellos salvarse, equivalía a la satisfacción de sus aspiraciones. Bru-

no conoció el entusiasmo de sus camaradas y queriendo halagarles siguió adelante en la esposicion de su plan.

—Vdes. saben, les dijo, que en el mar no se puede andar a caballo y para suplir al animal, se hicieron los buques; estos son los caballos que debemos buscar como buscaria el preso la puerta de la prision. ¿Comprenden ahora el plan, atando esto con lo que antes les decia?

Sus camaradas quedaron pensativos, esperando uno de otro que aclarase lo que se les preguntaba. El Oso interrumpió ese estado espresando una duda.

—Es claro que para salir necesitamos un buque o embarcacion, pero ¿de dónde la sacamos?

—Eso es mas claro, le respondió Bruno, la sacaremos de aquí mismo.

—Si no lo pintan en el suelo.... difícil me parece, replicó el Oso, meneando la cabeza con cierto aire de satisfaccion en lo que decia.

—Para el que teme los peligros, dijo Bruno, es propio encontrarlos pintados en el suelo. Pero para el que no los teme, le es fácil encontrarlos reales y verdaderos. ¿No han visto algunas veces y con frecuencia pasar barcas pescadoras? ¿no han observado que regularmente se detienen algunas horas y hasta mas de un día a nuestra presencia?

—¿Y qué sacamos de ello? repusieron los camaradas.

—Sacamos, les contestó Bruno, que debemos apoderarnos de una de esas embarcaciones o buques y en ellas salir de aquí.

—Siempre estamos en las mismas, observó Galote. ¿Cómo las tomamos? ¿cómo llegar a bordo cuando siempre se ponen léjos y a donde seria imposible llegar nadando?

—Parece que no quisieran comprenderme, dijo el del proyecto algo incomodado. Para llegar a bordo hai un medio sencillo, una estratèjia. Supongamos que el buque se pone a la vista y que manda el bote para tomar leña o agua, lo cual es frecuente: que llegue a tierra y por engaños uno de nosotros conduzca a los que lo tripulan a esta habitacion; ¿no seria fácil tomarlos por sorpresa y contar desde luego con un bote en que ir a bordo?

—Magnífica idea, contestó Barra yo la apruebo aun cuando sea necesario batirse con los marineros.

—A una sorpresa nadie se resiste, observó el Oso, y si se resisten en un bendito les despacharemos al otro mundo.

—Y si los del bote se resisten a pasar a la habitacion? agregó el Zapo.

—Nos batiremos en la playa contestó Bruno.

—¿Pero el buque se irá al presenciar la pelea?

—Mas habremos conquistado un bote y en un bote, podremos apoderarnos del gobernador y de su balandra, repuso el del proyecto.

Los reos se miraron unos a otros al tener conocimiento del plan de Bruno y como impulsados por un propio sentimiento de alegría, gritaron:

—¡Viva la patria! ¡viva Bruno! ¡somos libres!

El Oso convencido de la posibilidad de realizar el plan y movido por el entusiasmo de los camaradas se levantó y estendiendo la mano a Bruno le dijo:

—Soy tu amigo, si crees que he probado a reconciliarme porque me has convencido; pero si juzgas que lo hago por cobardia, prefiero batirme.

Bruno satisfecho con esta explicacion y orgulloso por los vivas de sus compañeros apretó la mano a su adversario, respondiéndole.

—Te creo digno de ser mi competidor en el puñal.

—Asi se portan los hombres, agregaron los reos. ¡Viva la patria! ¡Vivan los valientes!

Y en medio de esta vociferacion de los camaradas, el desafio se concluyó por un abrazo de los adversarios.

XIV.

—Ya que estamos convenidos en el modo de escapar, interrumpió Barra, convengamos en lo que haremos cuando seamos dueños de un buque. ¿A dónde nos vamos?

Esta nueva dificultad llamó la atencion de los camaradas con alguna seriedad y como si no quisiesen pensar en dificultades, esperaron que Bruno la allanase. Este conoció la intencion de sus compañeros y respondió.

—Creo inútil pensar en eso por ahora; cuando estemos en el buque nos sobrará tiempo para resolver lo que mas nos convenga.

—Nos iremos a Guayaquil, opinó Galiete, en busca de nuestros enemigos.

—¿Y si nos toma el vapor? preguntó Bruno.

—Mejor es que nos vayamos a donde está Flores, agregó uno de los zambos, con él podremos entrar sin peligros.

—¿A servir de soldados? dijo el Oso, valiamas volver a la cárcel!

La dificultad se aumentaba a medida que mas pensaban en ella; se manifestaban pensativos y abrumados por mil otras dificultades que descubrian por momentos. Quién dirijiria el buque? ¿quién salvaria? ¿qué harian en alta mar? ¿en qué lugar desembarcarian? El único que se presentaba sereno era Bruno; parecia tener al'anadas las dificultades en su pensamiento, pero al mismo tiempo se manifestaba egoísta respecto al que habia ideado. Se conocia que el hombre ocultaba un plan secundario al de evacion. ¿Porqué razon no lo revelaba? esperaba que sus camaradas se desesperasen para aparecérselos como un ángel, queria antes de todo hacerse nombrar jefe y luego proceder al desarrollo de su proyecto de ambicion.

Y en verdad que los deportados se encontraban sin saber que partido tomar; creian fácil la evacion porque para ello tan solo se requería arrojo y cada cual se sentia capaz de dar buena cuenta del suyo; pero para seguir adelante se necesitaba algo mas, intelijencia y esta no estaba mui desarrollada en los camaradas, mucho mas cuanto no entendian una palabra de navegacion ni sabian como arribar

a un puerto conocido de la costa. Para ellos, Guayaquil y sus contornos era cuanto conocían, por eso era que sus pensamientos se estrechaban en las dificultades que les presentaban sus dudas y sus temores. Esa falta de inteligencia que les hacía considerar como un caos la salida de la isla les arrastró por grados a delirios irrealizables, que acabaron por convencerles; valía más quedarse sin hacer nada.

Cuando Bruno se posesionó bien de la desesperación de sus compañeros, les presentó un pequeño rayo de luz que tendía a arrastrarles a ser esclavos de su voluntad.

—Y si yo, les dije, les hiciese ver que hai un hermoso plan que realizar; que hai donde ir y que podemos satisfacer nuestro deseo y labrar nuestra suerte ¿que dirian?

—Que eres hijo del diablo, le contestó Barra; porque lo que no hemos podido idear entre todos; tu lo puedes.

—¿Nada más dirian? repuso Bruno.

—Que eres más hábil, más hombre que todos nosotros juntos, dijo el Oso. Yo me confieso incapaz de idear como salir de este lugar.

—Lo mismo nosotros, agregaron otros, nos damos por vencidos.

—Si se dan por vencidos, mis amigos, si están resueltos a quedarse por no saber que hacer cuando tomemos una embarcación, deménelas albricias porque voy a satisfacerles cuanto desean.

—¿Dinos lo que piensas! exclamaron los reos con ansiedad.

—Primero las albricias.

—¿Qué quieres que te demos?

—Una cosa mui sencilla, que en nada les perjudica, que nada les cuesta. Nómbrenme de jefe.

La voz jefe pareció herir el amor propio de los camaradas, que se creían iguales en todo y para todo. Se echaron una mirada de sorpresa estúpida y envidiosa sin responder nada. Bruno que les miraba de soslayo no trepidó en combatir las pasiones que veía en juego y al efecto agregó:

—No crean que quiero ese nombramiento por la vanidad de mandar a Vdes., lo quiero para imponer union y claridad en nuestros procedimientos; lo quiero para correr mayores riesgos y acarrearne mayores compromisos. ¿Voi a caso a ganar algun sueldo, a tener honores entre Vdes? Sin jefe cada uno querria hacer de las suyas cuando saliesemos de aquí y separados nos tomarian. Tal vez el jefe sea el mas esclavo, porque será el que mas tendrá que trabajar.

—¿Y que sacas con ser jefe? preguntó el Oso, ¿quién se negará a ejecutar lo que sea conveniente?

—¿Sabes acaso lo que vamos hacer cuando estemos navegando? le dijo Bruno.

Tal observacion entró el resuello a los camaradas por que les recordó su nulidad y la impotencia en que se encontraban de proceder por sí solos.

—Vamos a ser dueños de un buque, añadió Bruno, y con este buque, de tesoros que adquiriremos a menudo. Vamos a conquistar un

poder igual al que hai en la ciudad y aun mayor; vamos a hacernos temibles, a que se olviden de nuestros castigos pasados, a vengarnos y por último a gozar de nuestras queridas!

Decia Bruno estas palabras con fuerza y tal conviccion, que los camaradas, reconociendo la superioridad del hombre, olvidaron las mezquinas pasiones que habian sentido despertarse en sus corazones y tácitamente aceptaron por jefe al que no se atrevian a nombrar como tal.

—Plata! mujeres! venganza! dijeron entre dientes... es mucho.

—Si nos dices, interrogó Barra, cómo vamos a obtener tanto, lo cual creo imposible, te nombramos por jefe.

—EL CÓMO se hará todo eso, contestó el del proyecto, lo sabrán cuando se esté haciendo; pero si dudan mi cabeza responde.

—¿Qué se pierde en nombrarle? dijo Galicte, hasta ahora él es el que nos va a sacar de aquí y el que no ofrece maravillas. Sin él, ¿qué haríamos?

—Tienes razon contestaron los compañeros como si saliesen de un estupor.

—Tienes razon, nombrémosle jefe, su cabeza es buena garantia.

—Si convienen en nombrarme jefe, dijo Bruno; juren sobre la oja de los puñales obedecerme cuanto les ordene por mas peligro que haya para cumplir la órden; que matarán al que desobedezca una órden del servicio. ¡Juren pues!

Los camaradas se pusieron de pié, se des-

cubrieron la cabeza y desenvainaron los puñales que relucían al resplandor de la llama, juraron lo que Bruno les pedía.

—Gracias, camaradas, les dijo el jefe. Siempre seremos iguales, salvo el caso cuando sea preciso obrar en el cargo que nos hemos impuesto.

Esta última satisfacción de Bruno acabó de destruir la susceptibilidad de sus amigos.

La noche estaba avanzada y la llama que alumbraba la pieza iba disminuyéndose.

—Será bueno que nos acostemos, les dijo el jefe, para madrugar; que desde mañana principia el trabajo de nuestra libertad.

Una hora después, el fuego estaba oculto bajo la ceniza y los ocho deportados roncaban en sus respectivas habitaciones, con tranquilidad.

XV.

Al amanecer del día siguiente en que pasaba la anterior escena, se dejó oír la voz de Bruno que mandaba:

—Arriba camaradas! el soldado en campaña debe sorprender la luz y no la luz sorprenderle durmiendo. Arriba que es hora de trabajo!

Los camaradas se levantaron de prisa y cual si fuesen veteranos, acudieron al llamado del jefe.

—Voi a dar órdenes para el servicio durante permanezcamos aquí, les dijo Bruno. Durante cada cuatro horas estará uno de cen-

vicela a la orilla del mar. El centinela tiene el encargo de dar parte de la primera embarcacion que aviste. Para que reine un órden estricto, cada uno tendrá su número y segun el turno se hará el servicio. El Oso será el núm. 1; Barra el núm. 2; Galiote el núm. 3; Calzado el núm. 4; a los tres zambos les cupieron los números 5, 6 y 7. Por hoi, agregó el jefe, cada uno afilará sus puñales para presentarlos antes de hacer cualquiera otra cosa.

—Está mui bien, respondieron los camaradas.

Pasada una hora, los reos se presentaron con sus armas relucientes y a satisfaccion de sus dueños, para que el jefe las revistase. Este les ordenó un ensayo.

—Pruébenlas en ese árbol, les dijo señalándoles uno corpulento que estaba inmediato. Veremos cual tiene mas pulso y mejor puñal. Yo les daré el ejemplo, y diciendo estas palabras levantó su cuchilla y la clavó en el árbol.

—¡Ha penetrado dos dedos! exclamó con placer; lo cual era mucho, atendiendo a la dureza del tronco.

—A ver si me acuerdo de mis tiempos, dijo el Oso, adelantándose y descargando sin trepidar el golpe de su brazo.

—Ha entrado un poco mas de dos dedos, dijo el jefe. Tenia razon en creerte digno de competir conmigo.

La misma prueba se rindió por los otros a satisfaccion de Bruno. Cuando ya no hubo que hacer, el jefe ordenó al Oso se colocase en su puesto de guardia por el tiempo señalado; or-

den que éste partió a cumplir en el acto. Los demas se dispersaron a preparar el alimento de costumbre que consistia en patatas silvestres, bacalao, langostas y galápagos.

XVI.

Seis dias habrian pasado desde que Bruno se hallaba revestido del mando supremo de los deportados, constituyendo segun ellos, un gobierno independiente, que no reconocia potestad superior en la tierra ni tenia obligacion de obedecer a hombre alguno que se presentara en adelante, imponiéndole cargas. Se creian libres y con la facultad de hacer por sí lo que las autoridades del Ecuador habian hecho con ellos y aun escederles en la represalia, llegado que fuese el caso.

Al principiarse el sétimo dia, se encontraba de guardia el núm. 7, siguiendo el órden prescrito por el jefe. Los otros reos andaban esparcidos por la isla, cortando leños para el fuego y cargándolos para las habitaciones. El trascurso de seis dias no les habia hecho desesererar aun y siempre fijos en la idea de la evasion, continuaban en el órden y disciplina que requeria Bruno para la realizacion de su plan.

Estaba para concluirse la guardia del núm. 7, en el dia sétimo, cuando se dejó oír la voz de éste que decia:

—Buque a la vista! y luego se le vió correr o dar el parte con la expansion que produce

un deseo comprimido y la alegría del preso que entrevee abiertas las puertas de la cárcel.

Bruno acudió al instante, divisó una barca que arribaba, juntó a sus compañeros y les ordenó con calma:

—Ha llegado el momento de alcanzar nuestra libertad. Obediencia ciega. Listos los puñales. Ocúltense en la habitacion de Barra. Cuando den la voz, maten si hai resistencia, sino amarren no mas. Ahora soi yo el centinela, a sus puestos que yo marchó al mio.

Acto continuo los camaradas se arrastraron por el suelo para ocultarse de los tripulantes de la barca que enfrentaba y se escondieron en la habitacion de Barra. Bruno siguió a la ribera con paso grave y aire distraído.

XVII.

La barca tenia bandera de los Estados Unidos de Norte América y habia fondeado a milla y media distante de la costa. Sin pérdida de tiempo echó bote al agua y cinco personas se embarcaron en el dirijiéndose al lugar en que estaba Bruno. Eran cuatro remeros y el capitan de la nave que rayaba en los 54 años.

Al saltar en tierra, armados con escopetas, amarraron el bote a una roca y se dirijieron por el camino que conduce a la fuente de agua dulce que ya conocemos. Bruno les salió al encuentro saludándoles y tentando entrar en conversacion.

— Díes les guarde caballeros, les dijo; ¡qué andan haciendo Vdes. por aquí?

— Venimos a hacer un poco de aguada y a tomar alguna leña que necesitamos, le respondió el capitán en un mal español; pues tenemos precisión de esas cosas para seguir nuestra navegación.

— ¡Seguramente irán a tierras muy distantes? le replicó Bruno.

— Somos balleneros, mi amigo, que andamos en este mar.

— Pues si andan de prisa, les dijo Bruno, variando la conversación, yo podría venderles mil rajas de leña por un poco de aguardiente.

El capitán creyó encontrarse con algún propietario de la isla y queriendo cerciorarse de su presunción, en vez de responderle le interrogó.

— Y vos, amigo, ¿sois el dueño de este lugar?

— No señor, arriendo al gobierno únicamente. Trabajo con tres compañeros más, y como nos vá muy bien, hemos pensado aumentar las labores. Ahora solo tenemos necesidad de aguardiente; por eso es que sería bueno me compren lo que Vdes. necesitan.

El capitán, queriendo aprovechar el tiempo, aceptó la ventajosa oferta de Bruno, diciéndole:

— Está bien, acepto. ¡Y en dónde está la leña?

— En las casuchas, señor; junto a la fuente de agua dulce.

— Pues entonces vamos allá.

— Yo les guiaré.

Y Bruno, marchando adelante, se encamionaron a las casuchas que se divisaban a la distancia.

Durante el camino, Bruno procuró indagar del capitán algunas noticias que le eran provechosas.

— ¡Y mucha es la jente que trae el buque! le interrogó a tiempo que trepaban uno de los montes de la isla.

— Somos veinte por todos, mi amigo. Hemos salido de Nueva York hace tres meses. Los veinte formamos compañía para repartirnos las utilidades, lo cual haremos cuando tengamos un grueso capital.

— ¡Y quién hace cabeza! ¡seguramente será Vd., señor! le interrogó Bruno al capitán.

— Ciertamente, yo soi el capitán y el dueño del buque, contestó el viejto.

En conversaciones de esta especie se pasó el tiempo que tardaron en llegar a las casuchas. El calor era insoportable, y tanto más se hacia sentir, cuanto que el mosquito reinaba en su mejor estación. Esta circunstancia obligó a los tripulantes a buscar una sombra donde descansar; Bruno les facilitó una y otra cosa; les abrió su pieza y les invitó a que se tirasen en el suelo, mientras él iba a traerles agua y preparar la leña.

Los marineros, ganados por la confianza y el cariño que les prestaba Bruno, arrimaron las escopetas a la pared y se tendieron sofocados. Junto a la habitación de Bruno estaba la de Barra. Bruno, conociendo que aquel momento era oportuno para dar el primer paso

en la empresa, se acercó disimuladamente al capitán, que aun no se acababa de echar, y al tenerle a su lado, gritó:

—¡Ahora muchachos!

A esta voz entraron de tropel los camaradas blandiendo sus puñales y amenazando el pecho de los marineros.

—¡Se entregan o mueren! tal fué la orden de intimación que recibieron los huéspedes.

Desarmados éstos y aterrorizados por la sorpresa, se rindieron sin oposición. Bruno había tomado al capitán, y en cinco minutos, los cuatro remeros se encontraban amarrados por la espalda.

—Nada hai que temer, les dijo Bruno, con tal que no piensen en evadirse, porque entonces morirán.

No acababan de volver del espanto, los huéspedes, cuando eran trasladados a la habitación inmediata, despojados de sus vestidos y puestos en incomunicación con centinela de vista. Bruno tomó al capitán del brazo, seguido de cuatro más de sus camaradas, armados con las escopetas y vestidos con la ropa de los marineros, se dirijieron a la ribera.

—¿A dónde me lleváis, preguntó el viejito pálido de temor.

—A que llames la lancha, le contestó Bruno.

—¿La lancha?

—Sí, y si no lo haceis, si la lancha no viene, ten por sabido que morirás. Has pronto la señal.

El capitán obedeció. Llegó a la ribera e

hizo el llamado. La barca contestó y pronto se le vió venir con ocho tripulantes y el contramaestre que la gobernaba.

—Cuidado con hablar, le dijo Bruno, ni hacer la menor señal.

La lancha se acercaba, y la comitiva de tierra, para evitar ser conocida al acercarse, se dió vuelta dirijiéndose a las casuchas del gobernador que estaban a pocos pasos del desembarcadero, y que, como sabemos, se encontraba sin jente. Allí llegaron y derribaron de un empujón la puerta. Hicieron señas a los que venían en la lancha de acercarse a ese lugar y en el momento entraron.

—¿Y qué es lo que quieres de nosotros? preguntó el capitán a tiempo que lo amarraban. Si quieren aguardiente, arroz, dinero, se los daré; pero déjenme seguir mi viaje; me arruinan si me dejan aquí.

—Da gracias a Dios, le contestó Bruno, que te dejemos vivo. Nada queremos, porque todo la encontraremos en la barca. Nosotros somos presos políticos (1) que necesitamos del buque para salir de este destierro.

—Si es por eso, yo les llevará a donde quieran, volvió a suplicarles el capitán.

—No creas que somos cándidos, repuso Bruno. No hai que hablar mas, ¡silencio!

A ese tiempo entraron los de la lucha, uno en pos de otro, sin armas y con la confianza que les inspiraba el llamado de su capitán.

(1) Los presos de Galápagos han tenido siempre la costumbre de presentarse como reos políticos, a los que por allí arriban.

Creían venir a llevar el agua y la leña en cuya diligencia habían arribado a la isla.

A medida que pasaban el umbral de la puerta, los reos se echaban sobre la presa, les ponían un puñal al pecho y les hacían enmudecer. Así fueron tomados y en seguida amarrados. Inmediatamente se dirijieron con ellos a donde estaban los primeros, y, juntándolos en una habitación, los dejaron maniatados, de modo que no pudiesen escapar tan pronto. Concluida esta operación, el jefe dijo a sus camaradas:

—Aquí nada nos queda que hacer. ¡Vamos a tomar la barca! ¡viva la libertad!

—¡Viva! repitieron los deportados con la alegría del triunfo. ¡Viva!

Y en seguida partieron a embarcarse para consumir el acto de la presa. Una hora después se embarcaban en el bote los ocho espedicionarios y varaban la lancha.

—En el buque solo quedan seis, les dijo el jefe. Prontos a tomar la escalera; no hai que matar, porque tenemos necesidad de esos marineros. ¡Adelante, camaradas!

Los deportados se colocaron con estudio en la embarcacion: uno en el timon, cuatro en los remos y tres acostados en el fondo. De este modo emprendieron sobre la barca.

XVIII.

Los seis individuos que habían quedado en el buque, no presumiendo ni aun teniendo la menor idea de que sus compañeros hubiesen

tenido contraste alguno en la isla, seguían ocupados en las faenas de la nave, sin inquietarse por los que habían ido a tierra. Cuando divisaron que el bote se acercaba, volvieron a seguir su trabajo para no ser reprendidos por el capitán.

En tal desprevenición se encontraban cuando los deportados se acercaron al costado.

Por consiguiente, subieron sin obstáculo. Al desconocerles los marineros, echaron a correr a la bodega, asustados con la aparición de rostros extraños y siniestros.

—¡Alto ahí! les gritó Bruno. Somos de paz. Un muchacho mejicano que servía en el buque, fué el único que entendió las palabras de Bruno y se detuvo, mas de temor, que de deseos de correr. Bruno se dirigió entonces a él y se informó de que los otros no entendían el idioma español.

—Pues tu serás el intérprete, le dijo, y supuesto que sabes inglés, dí a tus compañeros, que ahora soy el dueño de la barca: que si resisten a obedecerme, serán fusilados; que sino serán recompensados. Que dentro de un cuarto de hora se alisten para darnos a la vela.

Los reos habían formado en línea y esperaban órdenes de su jefe para ejecutarlas. Los marineros pálidos de temor acudieron a prestar sus servicios al nuevo capitán. Se miraban asustados y discutían en inglés con voz apagada. El muchacho mejicano comunicó la respuesta de sus compañeros.

—Que hicieran de ellos lo que quisieran.

—Corriente, repuso Bruno. Diles que nada teman si no la desobediencia; que el capitan y sus amigos han quedado vivos porque no se resistieron.

El intérprete pasó la palabra a los marineros, y cuando hubo concluido, Bruno siguió:

—Atiendan mis órdenes: en primer lugar marcharemos a la isla de Albermack. El que desobedezca muere. Y en segundo lugar, el piloto se encargará de dirijir la barca, teniendo entendido que, si se nos negara, morirá él y cuantos sean necesarios. Nosotros les ayudaremos a maniobrar.

Y luego, dirijiéndose a los camaradas, continuó:

—Ya ven Vdes. que somos dueños de nuestra libertad. Hemos conquistado un buque y tenemos al mar bajo nuestro poder. ¡Orden y valor!

Una aclamacion entusiasta saludó al jefe, mandando

—¡Cortad el ancla!

—¡Marchemos!

Eran las seis de la tarde, y ya la barca navegaba hácia Albermack.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.



I.

Al amanecer del día siguiente en que los deportados se habían dado a la vela de la isla de San Carlos, se hallaron entrando al lugar en que se encontraba el gobernador, que como hemos dicho era Albermack. Se acercaron cuanto les fué posible a tierra y poniendo la barca en facha, cuatro de los deportados marcharon en un bote hácia la playa en donde estaba amarrada la balandra de Mena. Iban disfrasados con los vestidos de los marineros. Sin ser molestados, atracaron al costado y subiendo con la celeridad propia que se emplea para dar una sorpresa, tomaron posesion de la balandra. Encontraron al gobernador y a los hombres que le acompañaban, a todos los que hicieron prisioneros sin dificultad. Acto contínuo pusieron en tierra a los mari-

neros, barrenaron la balandra y se regresaron a la ballenera trayendo preso a Mena.

—Está Vd. preso, le dijo Bruno al recibirle a bordo.

—¿Qué es esto? interrogó Mena atemorizado de verse entre los deportados.

—Silencio que está Vd. incomunicado, le intimó Bruno; y acercándose al oído le agregó: pronto debe Vd. morir; aproveche el tiempo que le queda en rezar.

Mena quiso suplicar, salir de la confusion en que se hallaba, quiso hablar; pero dos de los deportados le tomaron de los brazos y precipitadamente le condujeron a uno de los camarotes, donde fué encerrado.

Bruno, alegre con la presa que habia hecho, volvió a revestirse del orgullo de su autoridad ordenando la prosecucion del viaje.

—Al golfo de Guayaquil, dijo.

Cuando Bruno hubo bajado de la toldilla del buque, Barra se acercó a hablarle a nombre de sus compañeros.

—Me encargan te haga presente, le dijo, que si vamos a Guayaquil llegaremos como hemos salido, sin nada; y que allí es mui probable que seamos apresados. Tu nos has ofrecido riquezas, poder y venganza. Acuérdate de ello.

Una mirada arrogante e imperiosa fué la primera respuesta que dió Bruno y en seguida mirando al mensajero de pié a cabeza, agregó:

—Si hai alguno que sea capaz de hacer lo que yo he hecho, que venga a tomar mi pue-

to. Estraña cosa es que me vengan a hacer advertencias. Les he ofrecido poder, riquezas y venganza y tambien les he dicho que mi cabeza responde por el cumplimiento de esa oferta. Contesta eso a los camaradas.

Y despachando al mensajero, se dirigió al camarote donde se encontraba Mena.

II.

—Señor Mena, entró diciéndole Bruno, parece extraño que siendo Vd. ayer nuestro amo, sea ahora nuestro esclavo.

—No acierto a explicarme lo que veo, le respondió Mena; no veo razon para que se me tenga preso. ¿Qué significa todo esto?

—Significa, le contestó Bruno, que ha cesado la *justicia* de Vdes. y que principia la *injusticia* de nosotros. Ayer era Vd. el encargado de mantenernos en este desierto que dejamos, sufriendo hambre, desnudez y cuanto Vd. sabe; Vd. era el carcelero de nuestras vidas, el verdugo destinado a hacernos cabar el sepulcro de la desesperacion. Ese es el crimen que le ha hecho caer en mis manos y por eso es Vd. ahora lo que nosotros éramos ayer. Es Vd. nuestro esclavo.

—Veo que estoi preso, dijo Mena con dolor; pero no creo que vayan a cometer un crimen en mi persona. Yo no he hecho mas que cumplir con las órdenes del gobierno, les he tratado como mejor he podido; no creo pues que se propasen con un hombre desar-

mado, cargado de años y lleno de familia.

—Ah! no lo cree Vd. ¿no es verdad? le interrogó Bruno con una sonrisa sarcástica.

—No, no puedo creerlo, le contestó Mena, porque no puedo convenir ni encuentro para qué se hagan Vdes. asesinos.

—Y sin embargo, repuso Bruno, esa reflexión no se la habria hecho Vd. jamas cuando estaba en su poder y cuando veia a mis compañeros los pobres, sacrificados por el gobierno.

—El gobierno, objetó el reo, castiga con causa y porque la lei lo manda.

—Miente Vd., gritó el jefe, miente, el gobierno castiga porque quiere castigar y nada mas.

—Respetas mis canas, le dijo Mena al oír el reto brusco de Bruno, si es que no respetas mi infortunio. Estás atrevido porque estás con fuerzas: eso es indigno del hombre valiente. Para matárseme, no es necesario abusar de la debilidad. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿no estoi en tu poder?

Bruno volvió su cabeza hácia atras para asegurarse de que nadie lo oia; rechinó los dientes de rabia, miró con espanto a la presa que tenia y bajando la voz cuanto pudo, le dijo con palabras ahogadas:

—Eso que dice Vd., es lo mismo que ha hecho conmigo. Esa es la conducta que Vdes. tienen para con el pobre cuando lo encarcelan. Oigame Vd. señor Mena, óigame, para que sepa lo que es la justicia del rico para con el pobre. Yo era un labrador de maderas en la montaña del Daule, donde nací. Tenia 30

años cuando mi corazón se apasionó de Anjela R... jóven rubia que apenas abría sus ojos negros a la vida de la inocencia. Era una criatura huérfana que se había criado al lado de mi madre y cuyos padres no conocía. Mi amor subió a la adoración; quise darle mi nombre, ella convino, pero mi madre se opuso sin decirme la causa. Entonces propuse a Anjela la fuga y ella aceptó. A los dos días, Anjela, recostada en mis brazos, bajaba en una canoa el río y tomábamos habitación en los suburbios de Guayaquil. Quince días más tarde, la policía me tomaba preso en el astillero donde trabajaba para vivir: Se me acusaba de raptor... Confesé el crimen y propuse salvar a Anjela casándome. Un señor se opuso llamándose padre de mi querida. Se me juzgó y se me condenó a tres años de presidio. Allí se me reunió con hombres que me asustaban con sus palabras y sus consejos. Unos me proponían la fuga; otros me aleccionaban en el robo, quién se vanagloriaba en el asesinato. Mi primera repugnancia hacia esos criminales fué pasando, hasta que armado del despecho, asaltado de celos y hambriento por ver a mi querida Anjela, mis oídos se acostumbraron a la conversación de los compañeros. Cada semana me tocaba el turno de salir a barrer las calles, con una cadena remachada a la pierna. Los primeros días, cada salida era la muerte; cada mirada de los que traficaban por las calles, un arrebató de vergüenza. La costumbre me hizo perder la vergüenza y ser impacible como habían llegado a serlo mis compañeros.

Pero entre tanto, el dolor de la separacion crecia, consideraba a Anjela muerta de hambre o vendida y esta idea me sacaba de juicio. Pensé en fugarme y lo conseguí. Anduve errante por las calles en busca de mi querida Anjela. La encontré por fin. Vivía sirviendo en casa de... cuando me vió, corrió hácia mí. Se echó en mis brazos y lloramos la desgracia de nuestra pasion. Resolvimos fugarnos de la ciudad para Tumbes. Necesitábamos dinero para el viaje y aproveché los consejos de mis compañeros de prision; robé treinta pes s. Fuí descubierto y llevado nuevamente a la cárcel. Cuatro días mas tarde el verdugo me ataba a una escalera en la plaza pública, me ponía un gorro blanco en que se leía: «POR LADRON,» allí se me desnudó y a raiz del cuero y a presencia de multitud de curiosos, recibí cien latigazos... Cuando se concluyó el castigo... no veía... estaba moribundo... cien muertes son preferibles a ese castigo.

Cuando Bruno pronunciaba estas últimas frases, su voz estaba interrumpida por una emocion viva que se derramaba en palabras cortadas y por lágrimas copiosas que rodaban de sus ojos.

—¡Qué le parece, señor, ese modo de hacer justicia!

—En todo eso, le contestó Mena, no veo mas que la aplicacion de la lei. La lei es la que ordena esa pena.

—¡La lei! repuso Bruno cambiando su expresion dolorida en impetuosa y amenazadora. ¡La lei es la que manda esa pena!

—Sí, la lei, le contestó Mena con una frialdad de conciencia tal, que pintaba la convicción del gobernador.

—¿Cómo ha de ser la lei? saltó Bruno con arrebató; ¿qué lei puede hacer que condene a un suplicio peor que la muerte al que ha delinquido sin intención? ¿qué lei puede ser esa que pone al hombre en la situación de avergonzarse de cuanto ve? ¿de huir del último muchacho para no correr al grito de azotado? ¡Oh! Eso no puede ser, no puede castigarse con una pena eterna a nadie. Al asesino se le fusila, pero muere con él su afrenta; mas al que se le azota no, vive en el suplicio, maldiciendo de la luz, huyendo de las jentes y devorado de desesperación. No le queda otro recurso que matar para que le maten.

—¡Eso es horrible! exclamó Mena, concieniendo la intención de Bruno. Igual cosa le pasaria al que se encontrase en la situación que tú te has encontrado.

—¡No lo mismo, no! eso se hizo conmigo porque era un pobre y con solo los pobres se hace. A ningún rico se le ha azotado jamás y en eso hai mayor infamia, porque se han prevalecido de la debilidad y de la miseria para imponer la infamia, como si la infamia fuese una herencia del pobre. Entre ustedes hai ladrones, señor Gobernador, y los ladrones se pasean públicamente cual si fuesen inocentes. Fortunas hai que han sido hechas en robcs al tesoro nacional, en despojos a familias honradas. Rateros hai que han sabido conquistar la impunidad vistiendo un frac. Si fuese cierto

que la lei era la que mandaba castigar como se castiga a nosotros, debia hacerse por igual sin escepcion de personas y entonces creeria lo que usted me ha dicho. Pero no; no es lei ni nada la que nos castiga, es el odio del rico para con el pobre; es la tendencia de ustedes a tenernos siempre humillados para violarnos nuestras mujeres, nuestras hijas, tomarnos nuestros jornales, hacernos morir en las guerras por intereses suyos y dominarnos como a una recua de esclavos. Esa es la verdad, señor Gobernador, y es por eso que desde hoy principia la venganza de los infamados.

El Gobernador no pudo contemplar por mas tiempo la actitud del jefe y queriendo sacarle de la idea que le exitaba en aquel momento, le dijo:

—Esta es una cuestion que yo no puedo seguir.

—Si, señor, lo sabia, le contestó Bruno; debe hacerle sufrir la acasacion que he hecho a nombre de la *injusticia*, porque ahora no se puede ejercer la *justicia*; lo sabia; pero no importa, usted acabará de oirme la historia de mis males, para que lleve este mensaje a Dios.

Un frio sudor corrió por la frente del inocente Gobernador, a quien Bruno hacia responsable de los vicios de la legislacion penal y de la desigualdad que se observa en la aplicacion de la lei. Se pasó un pañuelo por la frente y sentándose en la cama con la resignacion del hombre que se entrega a una suerte inevitable, dijo a Bruno:

—Cuéntame cuanto quieras.

III.

Bruno signió, con el tono triste que habia principiado, la relacion de su vida.

— Volví moribundo, señor cuando recibí los azotes. Me tendí de bruces en la sala de los presos; no sentia dolor físico alguno, me encontraba con el corazon destrozado, sin valor aun para mirar a mis compañeros infamados. Recordaba paso por paso lo que habia sufrido desde que me pusieron el gorro hasta que me lo quitaron y el cuerpo se me encrispaba de vergüenza. Pedia a Dios que me abriese un abismo para sepultarme en aquel suelo que regaba con mis lágrimas y del cual no me hubiese levantado jamas. Pero nó! estaba condenado a vivir muriendo.... El médico vino y me sangró para estraerme la sangre machucada. Al verme en aquella situacion los carceleros y que no queria levantar la cabeza, llamaron el oficial de la guardia que me dió un punta-pié diciéndome:

— Alza ladron, deja que te vea el médico. Y el médico agregaba:

— Le han hecho efecto los azotes.

Y repitiendo otros dicterios de esa naturaleza, lanzaban risotadas estrepitosas y añadian insultos sarcásticos. Estiré un brazo tapándome la cara con la otra mano, recibí la sangria. Aquellos momentos de dolor no pueden explicarse.....

.....

Cuando sané me llevaron a la marina de guerra. Desde la cubierta divisé una tarde a Anjela que atravesaba el malecon. Me bajé corriendo, creyendo que podia divisarme, divisar al azotado, al amante infamado.

Anjela no podria quererme ya. Ella debia ser de otro con el tiempo. Estas ideas me sacaron de juicio y en una de las noches oscuras que entoldan el rio, me fugué, corrí a ver a Anjela resuelto a matarla para que nadie la poseyese. Llegué a su casa, la hice llamar y a su presencia quedé petrificado. En vez de herirla me cubrí la cara; Anjela me tendió los brazos y cuando ya volvia en mí para estrecharla en los míos, mi querida me dijo:

—Soi madre! Bruno, sácame de aquí.

—Huyamos, le contesté yo.

—¿A dónde?

No tenia un real. Era imposible fugar.

—Aguarda, le dije entónces, pronto vuelvo.

—¿A dónde vas? me interrogó con avidez.

—A buscar dinero, Anjela!

—Ah! no, no! vas a robar otra vez y despues.....

—Volverán a azotarme! le contesté con desesperacion y fuera de mí.

—¡Te han azotado ya! .. no huyo, no; estás azotado!

—Y diciéndome estas palabras corrió al interior de la casa, a ocultarse en el fondo de las habitaciones de la familia a quien servia. Procuré alcanzarle, no pude. Sin albergue y sin dinero me eché a andar como un loco.

Esa noche encontré a un hombre decente

en la apariencia; le di una puñalada que le tendió muerto. Le robé y huí. Un mes mas tarde volvia a caer preso y esta vez juzgándoseme por desertor y sin probármeme otro delito, fui condenado a Galápagos por ocho años. Bien sabe usted que faltan siete años que cumplir y que estos siete años se han concluido hoy en que soi el jefe de los infamados. ¡Qué le parece a usted esto, señor Gobernador?

—Que me ha de parecer, sino que eres un desgraciado y un desgraciado que corre a un fin desastroso.

—Un desgraciado a quien ustedes han sacrificado, repuso Bruno, ustedes los del gobierno que me arrebataron a mi Anjela; que me abrieron los ojos acompañándome con los criminales de la cárcel; que me hicieron perder la vergüenza arrastrando una cadena por las calles; que me infamaron azotándome! Yo era un hombre honrado, que solo pensaba en trabajar y amar a Anjela. Nunca habia pensado en que llegaria a separarme de esa jóven, ni que el trabajo me faltaria: vivia contento y con la esperanza de morir en brazos de mis hijos y dando gracias a la Providencia en cada caricia de mi esposa; pero ustedes lo han trasto nado todo y de mi corazon humano han hecho un corazon de tigre. El amor no existe en mí, ódio únicamente y solo venganzas deso. Hé aquí al hombre que ustedes han formado... ¡hé aquí la hechura de ustedes!

Bruno mismo se horrorizó de su estado, recordó su amor y se enterneció. Mena, que-

riendo sacar partido de la tristeza del jefe se esforzó en llamarle al buen camino, arrastrándole a un campo de felicidad donde recuperara el honor y a su querida.

—Tienes razon en estar como estás, le dijo; pero de ese estado se puede salir y volver a recobrar lo que has perdido. No es eterna. Tienes una patria, una madre, una amante y un hijo. Esa patria donde están las afecciones de tu vida está en peligro. ¿Por qué no ir a servirla? a salvarla? Allí en el combate adquirirás gloria y la gloria cubre toda deshonra.

—No, señor Gobernador; mi madre ha originado mi fuga con Anjela; Anjela me ha rechazado. Ah!... mi hijo.... Bruno se contuvo pensativo y luego como saliendo de una irresolucion exclamó: Nól! no! no tengo mas patria que el crimen, mas madre que el crimen, mas hijo que el crimen. No! Si viese a mi patria incendiada respiraria, porque veria desaparecer a los testigos de mi infamia; pero ahora viven y la existencia de ellos es mi cadalso. Dígame usted si hai crímenes que cometer y le escucharé; pero aconsejarme que haga bienes, es creerme un loco.

—Estas ciego, repuso Mena; el crimen te conducirá a un cadalso, caerás si no hoi mañana y morirás en el banco. Puedes salvarte si sigues mis consejos.

—Déjese usted de consejos, señor; vienen ya tarde. Mi obra está principiada y concluirá.

—¿Cuál es tu obra?

—Vengarme, esterminando a los que nos juzgan y nos mandan. La infamia del azote

solo puede lavarse con la muerte del que los manda dar y el esterminio de los que apoyan esa pena.

—Piensa en lo que te he dicho, no son los que mandan, es la lei la que impone ese castigo.

—Aunque sea la lei, ningun hombre debe obedecer las leyes que de truyen ese honor.

—Te equivocas, repuso Mena; el mandatario debe hacer cumplir la lei.

—Pero no hacerse el verdugo de los hombres. ¿Oye usted? Por fin, basta de discusion. Está usted condenado a muerte, porque ha sido un agente de los que nos han perdido. Dispóngase a morir para dentro de veinticuatro horas.

Concluyendo de dar este fallo, Bruno, salió precipitadamente cerrando la puerta del camarote.

IV.

Estaban los compañeros de Bruno, tendidos sobre la cubierta de la barca, cuando se les presentó éste con el semblante empalidecido por las impresiones que habia recibido en la conversacion que acababa de tener.

—Vengan acá camaradas, les dijo el jefe. Levántense que les necesito.

En menos de un segundo le rodearon todos, sorprendidos de la fisonomia extraordinaria que presentaba el jefe.

—Qué ocurre mi jeneral, le interrogó uno de los sambos.

—Aquí nos tienes, agregó el Oso, con ese aire de preponderancia que lo distinguía.

—Es poca cosa, les respondió Bruno. ¿Qué les parece lo hecho hasta aquí?

—Magnífico, inmejorable, le respondieron los camaradas.

—¿Cómo siguen los marineros?

—Van bien hasta ahora, contestó Barra, que se encontraba de guardia.

—El viento que hace es inmejorable, observó Bruno, y supongo estaremos en el Golfo antes de diez días.

—Es lo mismo que me ha dicho el piloto, contestó el de guardia.

—¿La comida, el vino, el agua, todo está corriente y abundante? les interrogó el jefe.

—Estamos como príncipes, contestó el Oso, todo sobra.

—¿Qué necesitan por ahora?

—Nada, mi jefe, repuso Galeote.

—Solo deseamos llegue el momento de la venganza, del poder y de la riqueza, contestó a su turno el Sapo.

—El momento del poder está en ejercicio, porque ya mandamos, dijo Bruno. Somos dueños de este buque y en él haremos cuanto queramos. Nuestro dominio se extiende mas allá de lo que alcanzamos con la vista. Pronto será mayor..... El momento de las riquezas se acerca y el de las venganzas principia mañana a las ocho. Ya ven ustedes que voi cumpliendo mis ofertas.

Acompañó estas palabras con una sonrisa tan espantosa de ferocidad que los camaradas

inclinaron la cabeza y se miraron recíprocamente de soslayo.

—Parece que están asustados, agregó el jefe, de que les presente una venganza próxima; pero ella es necesaria. El Gobernador debe morir mañana a las ocho.

—El Gobernador! exclamó Galiote con voz imperceptible. El Gobernador!

Los compañeros, a pesar de los deseos de venganza que abrigaban, se conmovieron del crimen que estaba próximo a ejecutarse, y Barra, no pudiendo contener su emoción dijo a Bruno:

—¿Y a qué fin matar a un pobre viejo, cuando los que deben morir son otros?

—Debe morir, contestó Bruno, porque es el Gobernador, el encargado de custodiarnos, el compañero de nuestros enemigos. Si él no muriese, el buque estará espuesto a caer en su poder por medio de un levantamiento que bien podría emprender. Mena debe morir, porque todos debemos estar ligados por un crimen, y ese crimen debe ser, amigos!.... el fusilamiento del Gobernador. Mañana quizá avistaremos tierra ¿y quién sabe si ustedes mismos querran salvarse dejándome solo? La muerte de Mena será el sello puesto al juramento de obediencia que me hicieron.

Los camaradas confesaban aun a Bruno que no aceptaban el fusilamiento, demostrando la repulsa en sus semblantes entristecido por tal causa, el jefe se esforzó en persuadirles con nuevas argucias.

—Tengo otra idea mas, agregó, que me

obliga a dar este paso: la muerte del Gobernador resonará en Guayaquil y servirá de provecho para los pobres que allí sufren la *justicia de los jueces*. Se nos mirará, no como a criminales infamados y azotados, sino como a enemigos temibles. Si por desgracia cayésemos presos, no nos azotarían, ni nos condenarían a prisiones como las que hemos tenido; nos fusilarían a presencia del pueblo y en el patíbulo nos admirarán! ¡Prefieren acaso volver a arrastrar cadenas, barrer las calles!... Bruno acabó la frase con una retiscencia expresiva que significaba cuanto habían sufrido y lo que se les aguardaba si caían de nuevo en poder de las autoridades. ¡Moriremos como valientes! Agregó con energía.

Su voz valiente sonó en los oídos de los camaradas, con acento dulce y alarmante. Les hirió el orgullo brutal que hace creer que el valor oculta toda falta; pero no les acabó de resolver, porque la conciencia tiene una voz fría que no se apaga con los arrebatos del crimen.

—¿Qué dicen pues? le interrogó el jefe, pasado que hubo un momento de reflexión.

—No sé lo que me dice que esa muerte contestó el Osso, ha de ser nuestra perdición. Yo renunciaría a ella.

—Con tenerlo encerrado bastaría, agregó Galiote.

—Y nos serviría de prenda para un caso apurado, continuó Barra.

—Basta! basta de tonteras, interrumpió Bruno con exaltación. Aquí nadie manda sino yo. Yo mando que ese hombre muera y que todos

seamos cómplices del fusilamiento. Si les he consultado ha sido por el aprecio que les tengo, y ustedes desconociendo los sacrificios que hago, se resisten a una medida justa y necesaria. Si Mena no muriese yo no respondo del éxito de la empresa. A las ocho de la noche en punto..... morirá!

Tal fué la resolución del jefe, que conmovió a los camaradas, dejándoles por convencimiento una tristeza involuntaria. Bruno se tornó a la cámara a recostarse y los camaradas puestos en la necesidad de obedecer, se volvieron a sus puestos, repitiendo en voz baja y mustia:

—Será necesario que muera, que hacer, el jefe lo manda.

V.

Cuando estos hombres hubieron oído a Bruno que elevaba el eco y con arrogancia imponía su voluntad a título de jefe, ellos tranquilizaron sus conciencias repitiendo la frase de abdicación social—*el jefe lo manda*. El principio de autoridad que ha sido imbuido a los pueblos como el fallo absoluto de un poder infalible, como una máxima religiosa que exige la obediencia ciega y a la cual es necesario obedecer, vino en aquel momento de conflicto a resolver las dudas y a dar por finalizada la consumación de un crimen que era crimen a los ojos de la razón, pero un deber a presencia del mandato del jefe.

Sucedía en ese momento, lo que sucede en

la marcha ordinaria de las sociedades, en que por espíritu de obediencia, el hijo del pueblo fusila a sus hermanos, sosteniendo intereses opuestos a la jeneralidad; en que el hombre abate su razon y su enerjia para mancharse con obediencias monstruosas que envuelven crímenes de delacion, de abdicacion de la soberania. El espíritu de ciega obediencia, ha formado pues, esa idea perniciosa de fidelidad para apoyar cuanto venga del poder. Con tal de que *el jefe lo mande*, todo está concluido. Aun cuando sean los instrumentos de una arbitrariedad, ellos se creen a salvo, presentando la órden de la autoridad.

Parece que la formacion de una autoridad hubiese sido la proclamacion de la esclavitud humana, o que la esclavitud humana fuese la base del poder constituido y no la libre voluntad de los hombres que tienen por guia la razon y la conciencia.

No de otro modo podia esplicarse esa submission de los camaradas a la órden de Bruno, ni de otro modo puede tampoco concebirse la voluntaria esclavitud de los hombres que forman gobiernos, tan solo para ensanchar las facultades del pueblo y no para destruirlas.

La sentencia de muerte del Gobernador estaba dada. La hora señalada para su ejecucion se acercaba. Mena, sobresaltado e inquieto, no podia resignarse a soportar un sacrificio injusto y estéril. A veces presumia que aquello no pasaba de una amenaza, y otras sentia el anuncio de su corazon que le presajaba el término de su vida. Meditaba sobre esos pun-

tos, cuando entró Bruno al camarote del Gobernador, con un farol en la mano, diciendole:

—Ya es hora de salir.

—¿A dónde me llevas? le interrogó con dignidad Mena.

—A morir, contestó Bruno.

—¿A morir? ¿por qué matarme cuando a nadie he hecho mal? El Gobernador sintió andársele la voz y con la ternura del anciano honrado que cree abrazar a sus hijos, a su mujer, siguió enternecido. Hombre de Dios, ¿no sientes remordimientos, al arrebatarse la vida a un viejo cargado de hijos? ¿qué bien te resulta con asesinarme?

—Salga usted pronto, le mandó Bruno, que ya ha vivido demasiado.

—Yo no quiero la vida para mí, es por la horfandad de mis hijos que no tienen otro pan que mi trabajo.

—Le mando salir, repuso Bruno con fuerza.

—Salir! ... y luego morir..... pobres hijos..... Y al acabar estas frases cortadas, las mejillas desencajas del anciano se cubrieron de lágrimas. Luego se tapó la cara con las manos y lloró como un padre de corazón.

—¿Obedece usted o no? le interrogó Bruno con brusquedad.

—Obedezco, contestó Mena.

—Sigame usted.

Y subiendo la escala de la cámara, se encontraron con los camaradas que estaban formados en línea, aguardando la presa. Cuando Mena vió aquel grupo formado en lo oscuro, y junto a la obra muerta unas tablas

que alumbraban dos faroles de abordo, el pobre anciano sintió correr por sus venas el hielo de la muerte.

— Siéntenlo en el banco, ordenó Bruno a los números 6 y 7

— ¿Ya me van a matar? interrogó aun el infeliz maquinalmente.

— Ya y sin perder tiempo, contestó el jefe.

— Un momento! un momento..... Y se dejó caer de rodillas, pronunciando una oracion en que invocaba a Dios con la contriccion del mártir. Cuando hubo concluido, se levantó con nueva vida, hablando a sus verdugos con la palabra que augura el porvenir:

— Ya estoi listo, los dijo; el crimen que vais a cometer os conducirá a un cadalso; mi sangre chorreará sobre vuestras cabezas en esta vida y en el otro mundo. Yo los perdono, pero las lágrimas de mis hijos será una plegaria de venganza que oireis a cada hora en vuestros sueños. Vais a ser asesinos!

— Amarren a ese hombre en el acto, ordenó Bruno fuera de sí.

Los del número 6 y 7 procedieron a la operacion y apenas acababan de afianzarle, cuando a la luz de dos velas, en medio del bullicio de las olas, colocados sobre un abismo y con un infinito sobre sus cabezas, se dejó oír la descarga de los camaradas.

Minutos despues, un cuerpo ensangrantado se perdía en la espuma de las olas.

Los marineros se recojian a la proa sobrecojidos de temor; los camaradas se retiraban a

sus puestos satisfechos de haber llenado un deber, y Bruno delirante de espanto, se precipitaba en su lecho, sin separar de su imaginacion la sombra sangrienta de Mena.

VI.

Aquella noche fué placentera para Bruno. Venciendo los últimos destellos del corazon humano y en pugna con los sentimientos siniestros que despierta todo crimen, se recreaba en su obra creyendo por esos medios borrar la idea que su Anjela hubiera formado de él.

—A ella me le presentaré, se decía revestido con las conquistas que haremos, le contaré cuanto hemos hecho, la sangre que habremos derramado y entonces mi adorada Anjela, verá en mí, no a un azotado, sino a un hombre terrible, cuyo nombre se repetirá con espanto. La mujer es loca por los extraordinario y mi obra extraordinaria le volverá a encender ese amor que me tenia; mi hijo no se llamará el hijo del ladron sino el hijo de Bruno el valiente, sí, y ese puesto lo conquistaré aun cuando sea preciso sumerjir mis piés en charcos de sangre.

Le consolaba el partido que habia tomado, de cubrir el epíteto de ladron con el de asesinato, y en consonancia con esa idea, Bruno tenia la conviccion de encontrar simpatias en su amada y en el sentimiento nacional que

aplaudiva cuanto lleva el sello del valor, del heroismo en todas sus faces.

¡Hábito arraigado que por desgracia prepondera en la masas y de donde frecuentemente se ven surgir fenómenos inconcebibles! La supremacia de la espada sobre la intelijencia, ha sido uno de esos resultados que tantas revoluciones ha costado a la América y una de las principales fuentes del despotismo que ha obstruido el desarrollo de las industrias y de las reformas.

Educado el jefe de los piratas en esa escuela, lo mismo que sus camaradas, en vez de haber reflexionado sobre las consecuencias del asesinato de Mena, sintieron despertarse en sus corazones, la necesidad de engrandecer la obra, con hechos que señalasen el carácter que investian. Movidos por un pensamiento comun, luego que se encontraron reunidos en el almuerzo, el jefe tuvo necesidad de comunicar sus planes posteriores.

—Ya somos inseparables les dijo, al sentarse a la mesa. Lo que hemos hecho anoche, es digno del valor que nos acompaña, pero falta mucho mas que hacer.

—Yo desearia un combate, dijo el Oso, para mostrarme de lo que me creo capaz. Matar sin peligro es poco agradable.

—No tengas cuidado, le contestó el jefe, pronto llenaras tus deseos: veremos de lo que eres capaz.

— Me conocerá si se llega la ocasion repuso el Oso, llevando a sus lábios un trozo de carne salada.

—Y si necesita de compañero, agregó Galiote, dirijiéndose al que acababa de hablar, cuenta con tu hijo.

—Estén seguros que en el primer asalto, les dijo Bruno, les mandaré a ustedes dos.

—Y a mí no me olvides, añadió el zambo del número 8.

—Nada, nada, no hai que apurarse, contestó Bruno. En cuanto lleguemos al golfo, nos pondremos en asecho para tomar las embarcaciones que salgan de Tumbes, vengan de Paíta, del Callao o partan de Guayaquil. Para el apresamiento de esos buques se necesita mucha astucia, de lo contrario somos perdidos.

—¿Con qué vamos a tomar mas buques? interrogó Barra.

—Es necesario que seamos poderosos y ricos y la riqueza la hallaremos en los cargamentos, en el dinero que lleven las naves. ¿Comprenden? repuso Bruno.

—Esa es la mejor parte del proyecto, dijo el Oso.

—Pero no todos los buques son mercantes, agregó el jefe, ni a todos se les toma con la facilidad que tomamos esta barca. La tripulación puede defenderse y si son buques del ejército de Flores, tambien será necesario apresarlos con arrojo y sin «que queden testigos.»

—Para ese caso debiamos haber degollado a los que hemos dejado atras, observó Calzada.

—Era inútil dar ese paso, contestó Bruno;

porque los hemos dejado sin tener en que salir.

—Recuerdo, mi jeneral, dijo el Oso, que los dueños del buque quedaron amarrados, de donde no podrán escapar sino con gran dificultad; y para todo caso, en una lancha es mui fácil naufragar.

—Tienes razon, contestó Barra. No podrán escapar.

—¡Dios lo quiera! exclamó Calzada.

—No pensemos en cosas como esas que son imposibles, agregó Bruno llevando la conversacion al pensamiento que le ocupaba. Mui pronto vamos a encontrarnos en el campo de batalla y para ese caso quiero adelantar mis órdenes.

—En hora buena, esplíquese mi jefe, dijo Barra; y para que la suerte nos ayude bebamos un trago.

Los dos camaradas llenaron sus copas de vino tinto y sin ocuparse de pasatiempo las vaciaron de un golpe.

—¿Cuáles son las órdenes que van a darnos? interrogó el Oso sorbiéndose los vigotes.

—Las siguientes, contestó Bruno: cuando avistemos un buque, izaremos bandera y nos fijaremos en la que enarbole el contrario. Si la bandera es de Francia, inglesa, que no pertenezca a estas tierras, les dejaremos pasar porque a los extranjeros no se les puede sorprender ni engañar con nuestras voces que ellos no entienden; pero si es peruana, ecuatoriana o chilena, mandaré visitar el buque por cuatro de ustedes y dos remeros de los marineros. Llegarán al costado, sin llevar otra arma que

el puñal, y cuando estén allí abserven si hai mucha jente y si van soldados. Si sucediese esto último, griten al acercarse: ¡Viva Flores! porque solo buque de Flores andarán fuera del rio y entonces se les abrirá las puertas de la escala y les recibirán con confianza y alegría. En el momento que pisen la cubierta, procuren aprovechar la confianza que inspiren y lanzarse como leones sobre cuantos encuentren, esparciendo la muerte y el terror y cuidado de asegurar el triunfo. Sino se pudiese acometer, hablen de los deseos que tienen de enrolarse en la expedicion junto con los otros compañeros que quedan en este buque, y entonces unidos, ¡vive Dios!... que no quedará dudoso el combate. Para el caso de que el buque fuese mercante, obren con presteza, despachando los estorbos que encuentren y haciendo prisioneros a los rendidos. Debemos considerarnos como un ejército, compañeros! como una autoridad conquistadora.

—Bravo! bravo! exclamaron los camaradas al comprender lo que podia llegar a ser. Esto merece una copa de aguardiente.

Se bebieron la segunda copa con entusiasmo y Bruno continuó:

—Pero no es esto todo. Cuando hayamos aprehendido algunos buques y poseyamos algun úinero, dos de ustedes irán a la ciudad y de allí pasarán al Daule. En Daule se presentarán ocultos a nuestros compañeros que andan sueltos; les darán oro, les hablarán de nuestro poderio, comprarán armas y los convidarán a enrolarse en nuestra filas.

—Y estoy cierto que vendrá gran número, dijo Barra.

—Como una bandada de gallinazos tras el olor de un burro muerto, agregó el zambo del número 7.

—Sí, vendrán muchos, lo creo, continuó Bruno; y entonces podremos tripular otro buque y hacernos invencibles. Así es que, en algunos días que aprovecharemos con denuedo, Guayaquil temblará y llegará tiempo en que podamos dar un asalto y vengarnos....

—¡Nunca me habria imaginado lo que se nos esperaba! exclamó Calzada.

—Nos vengaremos, agregó Barra.

—Salomon no discurría como acaba de discurrir nuestro jefe, añadió Galiote.

—Sí, compañeros, continuó Bruno embriagado por las ilusiones; nadie habrá discurrido lo que yo, ni nadie ha acometido empresa tan heroica, porque nadie ha contado con jente tan valiente como ustedes. Nuestros triunfos resonarán en todas partes y mientras estemos gozando en el furor de los combates, luchando a brazo partido con nuestros enemigos y abriendo sus vientres a cada golpe de nuestros puñales, nosotros empapados en sangre y harto de matanza, descansaremos en brazos de nuestras queridas al finalizar nuestras venganzas y por todas partes se dirá al divisarnos: ¡son bravos como tigres!

Los camaradas arrebatados por el fervor del jefe, y enajenados con la pintura que les hacia de lo que les aguardaba; exclamaron con delirio:

—Mereces la Presidencia!

El almuerzo concluyó por un nuevo trago de aguardiente, volviendo cada cual a ocupar su puesto, según el orden del servicio.

VII.

Habían trascurrido cuatro días desde que tuvo lugar la escena anterior y el del número 5 se encontraba de guardia, cuando se dejó oír que este daba la voz:

—Tierra!

La tripulación se agolpó a la proa, y Bruno mirando con el anteojo de larga vista anunció:

—La isla del Muerto.

Seis horas después se divisaba la florida costa de Tumbes, los árboles gigantescos que parecen nacer del centro del mar y antes que todo, ese cadáver amortajado que nace en medio de las olas, abriendo las puertas al Golfo de Guayaquil y a quien Bruno anunciaba con el nombre de «isla del Muerto.»

El pirata se acercaba lentamente a tomar posesión del campo en que quería sentar su imperio. Los camaradas se deleitaron a la vista de la tierra y a presencia de las imágenes que el jefe les había pintado para llevarle fieles a la realización de su plan siniestro. Cuando se hubieron convenido y hartado con la vista de la tierra, Bruno convocó a sus leñonarios para organizar el asalto que debían dar a la primera nave que se divisara.

—Ya estamos en el campo de batalla, les

dijo: so'lo falta que aparezca el enemigo.—Para el primer ataque, ¿quiénes quierén ir.

Cada cual le respondia con resolucion:

—Yo!

—Deben ir tan solo 4, observó el jefe.

—Yo debo ser el primero: fué la contestacion sucesiva de cada uno.

—De ese modo no nos entendemos, yo elegiré en tal caso, repuso Bruno.

—Elije a los mas hombres, mi jefe, propuso el Oso, considerándose el mas fuerte.

—No tengo motivos para saber cual sea el mas hombre, contestó Bruno, a todos los creo iguales.

—Al que haya dado mas pruebas de valor en su vida, agregó Barra.

—Sí, sí, respondieron los otros, que principie el Oso, que nos cuente por qué se cree el mas capaz.

Bruno y todos miraron al Oso, provocándolo a que espusiese lo que habia hecho de grande en su vida para satisfaccion del amor propio de los otros que no querian ceder un plamo de superioridad a nadie.

—Ninguno de ustedes, contestó el Oso es capaz de hacer lo que yo he hecho. Yo he peleado desde pequeño y muchos viven marcados por mi hacha, cuando labraba en el monte. Hasta hoi ninguno me ha vencido y sino lo creen, preguntenlo a los que habitan en «Conducta.» Pero eso de vencer hombres no es gracia me he batido con fieras.

—Con fieras, repitieron los camaradas riéndose a carcajadas.

—Como lo oyen, mis amigos me he batido con fieras.

—¿Cuándo y en dónde? le interrogó Galote admirado.

—El 3 de enero de 1842 a presencia de todos mis compañeros del astillero.

—Cuéntanos para ver lo que hai de cierto.

—Deben saber que tuve un hijo, del viento, camaradas; y que este hijo idéntico a su padre, se divertía por las tardes en nadar a orillas del rio, siendo que apenas tenía 5 años. Varias veces le habia reprendido a fin de que no lo hiciese por temor a la corriente y por esta razon le arrimaba fuertes latigazos. Mi hijo cambió de lugar para bañarse y se fué dos cuabras hácia arriba a seguir su capricho. El dia 2 de enero de ese año, el muchacho estaba parado en la orilla del malecon para tirarse al agua cuando un lagarto cebado en ese punto se acercó por bajo de la agua y dando un colazo a mi hijo, lo arrebató de la orilla y se sumerjió con él. Media hora despues supe la muerte de un hijo a quien queria como prenda única de mi corazon. Crei de mi deber vengarme del monstruo que habia arrebatado a Juanito, que asi se llamaba.

—¿Vengarte de un monstruo? le interrogaron los camaradas, ¿de qué manera?

—Muy sencillamente. Como el lagarto estaba cebado, era exacto que al dia siguiente volveria al mismo punto si se le presentaba otro presa, para lo cual me presenté yo mismo. Al efecto, acudí al punto marcado, me desnude completamente, me puse un sombrerito en

la cabeza y con mi buen puñal en la mano, me entré al río. El olor a almizcle que se siente cuando se aproxima algún lagarto, en la cresta formada por las escamas impenetrables que le cubren, me anunciaron bien pronto que la fiera venía sobre mí. Entonces me entré al agua hasta no dejar fuera sino la cabeza. Cuando así estuve, el lagarto se lanzó sobre mí con la velocidad del rayo, abriendo su enorme boca para tragarme. Herir aquel animal de frente, es inútil, porque no le entra ni la bala; era necesario atacarlo por el vientre que no tiene escama. Así fué, que al mismo tiempo que el animal saltaba para agarrarme, yo me sabullia dejando el sombrerito en la superficie y me ponía bajo el vientre del animal. Allí lo aproveché, perdiéndole con furor una y seis veces mi puñal en sus estrañas.

En seguida salí sobre el agua nadando y el lagarto se volvió de espaldas, muerto por mi brazo. Pedí una soga, le amarré de la cabeza y luego le saqué a tierra. Allí le abrí el vientre, encontré los huesos intactos de mi querido hijo. Tuve el consuelo de enterrarle en sagrado.

—Eso último es lo mas raro, observó Calzada con cierto aire de duda que molestó al Oso; porque el matar lagartos como tú lo has hecho, se ha verificado otras veces, pero eso de los huesos.....

El Oso un poco incómodo satisfizo al que parecia presentar dudas sobre lo que acababa de referir, haciéndole ver que el lagarto no solo conservaba huesos en su vientre, sino una

gran cantidad de piedras que toma de lastre para sumerjirse; que nunca come en el agua y que al tomar una presa, lo que hace es llevarla al fondo del río hasta ahogarla, de donde la saca a tierra para comerla. Contó otras especialidades de ese monstruo marino, y continuaba refiriendo varios hechos asombrosos, cuando se dejó oír la voz del número 6 que estaba de guardia.

—Buque a la vista!

El solo anuncio bastó para cortar la conversación y obligar al jefe a nombrar los cuatro que debían acometer al buque.

—Observaremos, dijo, el método de la numeración. Irán los cuatro primeros números con dos marineros; para el segundo que aparezca irá el resto conmigo.

Nadie replicó a la orden de Bruno.

—Son dos los buques, volvió a gritar el de guardia.

—No importa, repuso Bruno; asalten al primero y si pueden sigan con el segundo. Yo no puedo abandonar la barca y es necesario que esperemos la vuelta de los que ahora tienen el turno. Y volviéndose hacia el que manejaba el timón, agregó con voz de mando: Timonel, dirige la proa sobre esos buques que se ven. ¡Sobre ellos, timonel!

Cuando el jefe daba estas órdenes, ya el Oso con los otros tres compañeros designados alistaban una chalupa para echarla al agua. Ájiles y entusiastas, se mostraban en aquel momento dispuestos para luchar con cuantos se les presentaran. Rivalizaban en el apresto

y ya descolgaban la embarcacion, cuando el Oso se despedia de su jefe, pronosticándole la victoria.

—No volveré, le dijo sino para ser admirado de vos. A fé de hombre, te prometo la conquista de esos barcos, sea que estén cargados de hombres o de plata. ¡Compañeros ya es tiempo!

—Sí, ya es tiempo, respondieron los otros, bajando la escala: ¡fortuna y valor!

VIII.

Por ese tiempo, la espedicion de Flores habia zarpado de las costas del Perú e de Chile, en direccion de las islas de Lobos, punto de reunion para los diversos buques que conducian jente enganchada o emigrados ecuatorianos que se encontraban en las costas del Perú. En esas islas, se organizaban los diferentes cuadros de tropa que iban llegando y de allí se disponian a partir sobre la isla de Puná para dar principio a las operaciones de conquista.

Los dos barquichuelos que acababan de divisar las tripulaciones del pirata, eran dos transportes mercantes, que conducia de Tumbes al punto de la reunion, 63 hombres para engrosar las filas de la espedicion. El primero de esos buquesitos, estaba mandado por el teniente coronel Tamayo y llevaba 29 tripulantes; el segundo, mandado por el de igual clase señor Guerrero, conducia 34. La des-

gracia quiso, que el dia en que el pirata llegaba al golfo, fuese aquel en que ellos partian a tomar las armas persuadidos de que en pocos dias mas iban a ser dueños del Ecuador.

Navegaban arrimados a la costa y en la entera confianza de que nadie les molestaria, atendiendo a que del rio no saldria el pequeño vapor *Guayas* y a que encontrándose en aguas del Perú y bajo pabellon peruano, nadie podia molestarles. En tal confianza viajaban, que la mayor parte iba sin armas y acostados en el estrecho entrepuente de los buques paiteños. Cuando divisaron la barca ballenera que se dirijia sobre ellos, no se movieron ni aun se dignaron satisfacer la curiosidad, reconociendo en el pirata a un simple buque norteamericano por la bandera que flameaba en su popa. Por tal causa, los tripulantes se quedaron en sus camas y tan solo Tamayo con siete de los marineros, permaneció sobre cubierta esperando a la barca que se acercaba.

En esa disposicion se encontraban, cuando vieron atracar al costado del que mandaba Tamayo una chalupa que se acababa de desprender de la ballenera. Era la que tripulaba el Oso con tres de sus camaradas y dos remeros extranjeros. Al subir, el Oso dió el grito de ¡Viva Flores! que repitieron los que les acompañaban y a la vez el jefe del buque, que creia encontrar a nuevos afiliados de la cruzada floreana.

El Oso, mirando con rapidez a todas partes y reconociendo el campo que iba a conquistar, acabó de cerciorarse de la jente que allí se

encontraba y no queriendo dar tiempo a que le reconociesen, se lanzó sobre Tamayo con el puñal alzado, dando la órden de ataque:

—¡A la carga, compañeros!

A esa voz, caían muertos cuatro, atravesados por el puñal de los bandidos y sin dar treguas, despachaban con la seguridad de la sorpresa a cuantos encontraban paralizados por el terror. Veloces como el tigre, se reparten en todas direcciones y en todas direcciones acuchillan a cuantos encuentran, pasa un momento en que se hallan con la cubierta barrida, empapados en sangre y con los rostros encendidos de furor, buscando mas víctimas que sacrificar. Se les presenta un grupo que despavorido salía del entrepuente, le cargan con mas coraje que a los primeros. Unos caen rodando, otros se bambolean con las agonias de la muerte; por un lado se divisa quien parece dilatar sus últimos momentos, conteniendo las entrañas que salen por las heridas: voces de súplica y de perdon, ayes dolorosos y de terror se oyen con la fuerza de la desesperacion, y en medio de ese campo de heridos y muertos se veía a los cuatro bandidos que recorrían el barquichuelo con nuevos bríos, como si ese conjunto de clamores fuese el canto de guerra que incitase a la pelea.

—¡Salgan pronto! gritaban a los pocos que quedaban en el entre-puente, arriñonados por el pánico que se había apoderado al divisar la carniceria de la cubierta y sentir que la sangre chorreaba hácia donde ellos estaban.

—Perdon! perdon! era la respuesta de esos infelices y se arrinconaban cuanto les era posible, sin atreverse a salir.

Despechados los bandidos con aquella tardanza, se precipitaron al entre-puente y sin atender al ademan suplicante de las víctimas, que quedaban implorando de rodillas la vida, repartían por todas partes golpes de puñal, que sumerjian en los cuerpos que exánimes caían tendidos, revolcándose en su propia sangre.

La carnicería habia sido completa. No quedaba un solo testigo de la matanza y tan pronto como se hubieron cerciorado de que nadie quedaba allí vivo, se miraron unos a otros con la alegría infernal que se apercibia en la sonrisa de sus lábios. Sus pechos latían con el acceso de la fatiga, sus ojos medio cubiertos por el cabello que bañado de sudor y sangre caía sobre sus caras, parecían preguntar por mas hombres que matar. En tal situación el Oso gritó:

—¡Están despachados, volemós al otro que huye!

—¡A ellos! contestaron los camaradas, volemós!

Y diciendo estas palabras bajaron de carrera al bote que les esperaba al costado, dirigiéndose con cuantas fuerzas podían alcanzar el segundo barquichuelo, que habia presenciado la carnicería del primero, y que en vez de protegerle se entregaba a la fuga, dirigiéndose a encallar en tierra.

Bruno, acompañado del resto de su jente,

animaba con sus gritos a los que divisaba combatir y cuando vió que seguían en persecucion de la segunda presa, hizo adelantar el pirata cuanto pudo su buque para proteger a los asaltantes que nada oían ni nada veían. Solo miraban hácia adelante, dejando flotar sus cabellos y ropas manchadas a merced del viento y mostrando el ojo chispeante de la pantera que busca alas para alcanzar la presa que se le escapa.

—¡Aguárdense cobardes! era el reto que lanzaban a sus contrarios fujitivos, blandiendo los puñales humeantes de tan horrorosa carnicería.

Pero las velas del barquichuelo daban mas celeridad que la que los remos comunicaban a la chalupa. La tierra estaba próxima y la proa de la nave que huía encalló bien pronto en el lodo de la costa. Los tripulantes saltaron por todas partes, echaron a correr como en las circunstancias aciagas en que se dice: sálvese quien pueda.

No atendían al corto número de los bandidos; solo pensaba en correr y ese pensamiento atolondrado, crecía a medida que llegaba a sus oídos la provocacion de los asesinos. Tal era el efecto que causaban aquellos hombres que llenos de sangre se presentaban como emisarios del infierno.

Vanos fueron los esfuerzos del bote para llegar a tierra. Los expedicionarios les llevaban un cuarto de hora de ventaja, mas esta circunstancia no les desalentó. Saltaron también y creyendo suplir la distancia con la celeridad

de sus piernas; echaron a correr tras los rastros dispersos que dejaban los escapados de sus garras.

IX.

La noche entraba anunciando una de las frecuentes borrascas que aparecen en las costas del Ecuador. Soplaban un viento fresco que cubria con rapidez el cielo de nubes espesas. De súbito se dejó oír el eco de la tormenta; un trueno dilatado que recorrió la atmósfera, oscurecida como en la víspera de la creacion en que el mundo era un caos, daba sucesion a otro trueno que parecia rasgar los montes. Aquello no era mas que el anuncio de una revolucion atmosférica que iba a presentar el choque de los elementos desencadenados. El aire calmaba y el trueno se repetia con estrépito creciente sin divisarse el mas pequeño átomo de luz, siendo que la lóbreguez progresaba a impulsos de ese ruido espantoso. Un momento de silencio y se veia correr por los espacios luces centelleantes, que se sepultaban en las nubes despues de describir surcos de fuego. El trueno reaparece, se suceden las centellas y a la vez corre por entre las tinieblas una bola de fuego que deja en su curso un rio de chispeante luz. Era el rayo que arrastra la lóbreguez del cielo y se presentaba como el carro victorioso, que arrastra en su triunfo la resurreccion de la vida combatida por la muerte.

La lluvia copiosa se desencadena para dar

deshago a los elementos que acaban de combatir. Pasa esta, y el buen tiempo reaparece. La luz triunfa.

Bruno esperó a sus compañeros hasta que hubo pasado la tormenta y juzgando que tenían sobrado tiempo para haber vuelto, creyó que los fujitivos se habrían rehecho y tomado presos o muerto a sus camaradas. Pensamiento tan justo, le presentó el peligro que corría de amanecer en aquel mismo lugar, donde sería tomado al día siguiente. Tanto por salvar, cuanto por engrosar sus fuerzas diezmadas, resolvió encaminarse a Puná, dejar allí la barca y en una chalupa internarse a la ciudad, para sacar a compañeros que creía dignos de su empresa. Para llevar a cabo el pensamiento, convidó a los marineros, quienes no se opusieron en atención a que condescendiendo, tenían esperanzas de escapar con la vida.

X.

Por este tiempo, el Gobierno Supremo que residía en Quito, se acababa de trasladar a Guayaquil, punto en donde debía librarse el primer combate con los floreanos. Se encontraba al frente de la administración, el jeneral Urbina, educado por Flores, que había derribado la administración Novoa el 17 de julio de 1851. Urbina, militar astuto y de maneras seductoras, tenía a su cargo la misión de salvar al país y para ello se aprestaba empleando quantos recursos tenía, haciendo fortificar el

malecon, proveer los fuertes de Saragaro y del Cerro y desplegando esa actividad propia de las circunstancias. Sus esfuerzos eran secundados con confianza por los valientes Elizalde, Robles, Franco, Villamil, Gomez, Rojas y en especial, por el espíritu estusiasta de la poblacion. Con todo, aquellos preparativos no eran suficientes y con razon se desconfiaba del éxito de un encuentro, desde que el ejército de línea no llegaba ni podia acercarse, por el estado intransitable de los caminos. Para evitar una sorpresa, el vapor *Guayas* partia diariamente a observar si se presentaba la flota enemiga; recorria hasta la desembocadura del rio y se volvia.

En una de esas escursiones del *Guayas*, cuando conducia 30 hombres para guarnecer la ribera de Machala, el comandante del vaporcito diviso venir con la corriente, una chalupa con ocho hombres de tripulacion, y sin detenerse, a fin de saber que noticias traian o quienes eran, se dirigió sobre ellos.

Los de la embarcacion dejaron de remar un momento al divisar el vaporcito, pero luego siguieron poniendo la proa sobre él.

Antes de un cuarto de hora la chalupa atracaba al costado del *Guayas*, dando gritos entusiastas de ¡viva el Ecuador! ¡Muera Flores!

En el vapor se creyó a primera vista que esos hombres serian algunos desertores de la flota floreana; pero el jefe del *Guayas* reconoció a Bruno cuando éste estendia los brazos para tomar la escala. Entonces, la guarnicon acudió a la órden del comandante Robles y abo-

cando sobre la chalupa sus fusiles les intimaron orden de subir uno por uno. Bruno y sus camaradas, quisieron entonces huir, pero no habia como; estaban descubiertos, era necesario renunciar al proyecto de apresar el vapor y tentar otros medios para salvar la existencia.

Momentos despues, los ocho tripulantes se encontraban amarrados y con grillos. El vapor seguia su ruta, desembarcaba en Machala la guarnicion y se volvia a la ciudad con aquellos presos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

I.

—¿Qué haciais en el río? porqué os habeis fugado de la isla?

Estas preguntas eran hechas por el juez del crimen a los reos tomados por el vaporcito cuando fueron trasladados a la cárcel de Guayaquil.

—Supimos que habia guerra, contestó Bruno queriendo representar el papel de un patriota, y por eso nos hemos fugado para tomar un puesto en los batallones de la nacion.

Los marineros nada entendian de cuanto se hablaba y el muchacho mejicano que se apercibió del rol que Bruno procuraba desempeñar, sea por la jenerosidad que existe en el corazon de la juventud, o por la curiosidad que abrigara de ver el desenlace de un juicio que jamas habia presenciado, se guardó de delatar ios crímenes con que se habian manchado los reos de la isla.

—¿Pero quién os ha sacado? ¿en dónde

habeis encontrado esa chalupa para veniros? siguió interrogando el juez.

—Esa chalupa pertenece al capitán de una barca ballenera, contestó Bruno, que no las ha franqueado para trasladarnos acá. Y volviéndose a los marineros agregó:—Esos hombres son tripulantes del buque y que quedaron de regresarse a la isla del «Muerto», donde les aguardan.

Respuestas de esta naturaleza que llevaban la apariencia de la verdad, desarmaron al juez de la animosidad con que les había recibido.

—¿Y los otros presos dónde han quedado? prosiguió el juez.

—No quisieron venir, señor, repuso Bruno con grande aplomo.

—Hicieron bien, observó el juez, porque se han librado del castigo.

—¿Del castigo, señor juez? interrogó el jefe con duda admirativa, mostrándose humilde y resignado a morir por la patria; no puedo creer que sea un delito el acudir a defender la ciudad cuando la atacan facinerosos como los que vienen. Yo y mis compañeros hemos creído que en vez de castigárenos se nos premiaría proporcionándonos la ocasión de purgar nuestras faltas pasadas, ocupando en las filas de nuestros compatriotas los puestos de mas peligro. Aun cuando nos hemos fugado de la isla, V. S. deben tener presente que esta patria es también de nosotros y que en los casos apurados, todos sus hijos tienen el deber de defenderla. Las faltas pasadas se olvidan, se-

ñor, y ahora no debe apreciarse sino al que es valiente.

La sencillez con que Bruno se expresaba, la disposición en que se encontraban los ánimos de los ecuatorianos en esa época para apreciar todo lo que era heroísmo nacional, el silencio de los marineros que parecían ser testigos de la inocencia y sentimiento de los bandidos, produjeron en el ánimo del juez una convicción tal que borró de su mente lo idea sospechosa que había producido la captura de esos hombres. Renunció al juzgamiento y admirado del rasgo de patriotismo que le presentaba el jefe, se marchó diciendo a los reos:

—Está bien, pronto se les dará colocacion en el ejército, pero entre tanto, vuelvan a la cárcel.

Es verdad que era fácil obtener la comprobacion de lo que Bruno había dicho, mandando a cerciorarse de que si al buque que citaban estaba en el «Muerto,» pero en aquellos dias, los buques de Flores cruzaban por la desembocadura del rio.

Asi fué que tanto estos antecedentes como la especie de sentencia pronunciada por el juez, hizo reaparecer en el ánimo de los capturados la esperanza de salvar, creyendo que alistados que fuese en el ejército podrian fugar y escaparse de la pena a que eran destinados los asesinos.

II.

Dos dias despues, llegaba la noticia de que una fragata sueca, (que se encontraba anclada en la Puná y que habia ofrecido destruir la expedicion floreana en virtud del decreto irregular que declaraban a esa flota en clase de pirata,) acababa de apresarse una ballenera sin jente y tan solo con un marinero que se habia quedado oculto en la bodega, el cual declaraba que Mena habia sido fusilado, los dueños de la barca arrojados no se sabia a donde; contaba el degüello de los tripulantes del barquichuelo y otras particularidades que se conocen en el curso de esta narracion. Para mayor comprobante de lo acaecido, entraban en la ria el barquilluelo con los cadáveres de los asesinados.

A vista de tantas pruebas que horrorizaban, el jefe supremo mandó abrir un juicio sumario a los reos.

—Habeis mentido, les dijo el juez militar al hacerles comparecer a su presencie. Estais acusados de asesinos y piratas.

—Ignoramos cuales sean esas pruebas que nos hagan culpables, respondió Bruno tomando la palabra por sí y por sus compañeros.

—Habeis asesinado al gobernador de Galápagos; habeis hecho desaparecer a los dueños de la barca que apresasteis, habeis asesinado a 29 hombres que navegaban en la costa de Tumbes. Todo lo sé, y lo que falta es el apre-

samiento de cuatro de vuestros compañeros que se fugaron en la costa.

No quedó la menor duda a las bandidos que todo se sabia y que era inútil seguir disimulando los crímenes que habian cometido. Entonces hubo pavor en ellos y el primero que procuró salvarse fué el majicano, acusando a los bandidos. Hab'ó por sí y a nombre de los marineros, haciendo ver la violencia que se les habia hecho para acompañar a los asesinos.

—A nosotros tambien se nos ha engañado, dijeron los compañeros de Bruno. Nosotros no hemos muerto a nadie. Bruno fué quien mató al gobernador.

Bruno no perdió la sangre fria que le acompañaba, al verse acusado por todos esperó leer en la fisonomia del juez el efecto de esas delaciones.

—¿Qué decis a los que esponen vuestros compañeros? le interrogó el juez.

—¿Qué puedo decir respondió el jefe de los bandidos, a cargos de los mismos que me han acompañado en mi empresa, de los mismos que ayer me llamaban su ángel salvador y que hoi me acriminan haciéndome responsables de lo que todos hemos hecho.

—Explicaos, le dijo el juez. ¿Todos sois cómplices?

—Sí señor, respondió Bruno. Todos por que todos hemos procedido con conocimiento pleno de lo que ibamos a emprender. Solo los marineros son inocentes.

—No le creais, señor juez repusieron los

tres compañeros, nosotros hemos venido, por que se nos dijo que seríamos bien recibidos en Guayaquil, donde faltaban soldados para la guerra. Pero jamas se nos pasó por la imajinacion que tendriamos que presenciar tantos asesinatos como los que ha cometido Bruno y los otros que se fugaron para Tumbes.

Una sonrisa demostró el desprecio de Bruno para con sus delatores.

—Parece que quieren cederme a mí solo la gloria de lo que hemos hecho, observó Bruno con orgullo.

—¡Qué significan esas palabras? interrogó el juez asombrado de lo que oia.

—Significan, señor, contestó Bruno, que esos hombres (señalando con repugnancia a sus compañeros) renuncian a los premios y a la gloria; porque es glorioso hacer en defensa del pais lo que los mismos del pais no han hecho; atacar a los enemigos en el centro de sus fuerzas y destruir la vanguardia del jeneral Flores; porque es la vanguardia la que ha sido degollada. Creo que esto merece algun premio y no castigos como los que temen esos pobres sambos que me acompañaban.

La actitud imponente del bandido se revestia de la dignidad del hombre que en conciencia cree haber hecho algo de grande por su patria. Y esa conviccion aparente que demostraba, iba por grados convirtiéndose en él en una conviccion real. Los tres sambos, no se atrevian a delatar el plan que traian de acudir a Guayaquil para tomar venganza de los jueces que les habian mandado azotar en

épocas anteriores y conociéndose vencidos por la argumentacion del jefe destronado, concibieron una débil esperanza de que el talento de Bruno podria libertarles. Fué así, que se notó un cambio en la fisonomía de los delatores, pasando a guardar un profundo silencio en adelante.

—¿Y si creiais que era una gloria la que habiais conquistado, le interrogó el juez a Bruno y con quien se singularizaba aquella especie de duelo judicial, porque mentisteis al principio no dando parte de vuestros procederes?

—Fué porque el modo como se nos recibió en el vapor, respondió Bruno, indicaba injusticia y que solo injusticia alcanzariamos por mas loable que fuese lo que habiamos hecho.

Aun cuando la respuesta no satisfacía la pregunta, sin embargo, el juez no quiso insistir en ella, seguro de llegar a un pleno esclarecimiento del crimen, indagando lo que restaba de las instrucciones recibidas.

—Bien estoi viendo, dijo este, que la defensa que procurais hacer es un tejido de falsedades.

—Nada de falsedades, señor juez; hemos degollado la vanguardia de Flores, esa es la verdad.

—¿Y por qué degollasteis esa vanguardia?

—Aun cuando yo no he sido el que la ejecutó, con todo, acepto la responsabilidad porque yo fuí el que ordené. La degollamos, para presentarnos con una accion meritoria que sirviese de justificativo a nuestros deseos de servir al pais.

—Y el asesinato del señor Mena, fué tambien para servir al pais?

Interrogacion tal impuso silencio por un momento a Bruno. Era su crimen mayor. Recordó en su interior la frase del Oso que se habia opuesto al asesinato diciéndole: «Tengo no sé que presentimiento de que esta muerte será nuestra perdicion,» y al mismo tiempo los pronósticos de la víctima; pero Bruno sacudió esos recuerdos y acudió a responder al juez.

—No fué asesinato, señor; lo fusilamos por que quiso sublevarse en contra de mi autoridad.

—¡Mientes malvado! exclamó el juez. Le habeis fusilado inerme, sin que pudiese defenderse, cuando no habia hablado con ninguno del buque. Vos, bandido, le hicisteis tomar en su balandra y fuisteis a buscarlo de propósito para asesinarle. Tal vez habriais podido escapar, pero ese asesinato me prueba que vuestro plan no era otro que matar a cuantos encontraseis.

La acusacion era demasiado fuerte para que dejase calma al bandido para seguir con sus argucias. Nada contestó, bajó la cabeza agoviado con el peso del crimen.

—¿Y qué hicisteis del capitan de la barca y de los que le acompañaban? volvió a interrogarle el juez.

—Quedaron en la isla, respondió Bruno.

—Vivos o muertos?

—Quedaron vivos, respondieron los cuatro bandidos a un tiempo.

El juez militar suspendió el interrogatorio, para continuarlo mas tarde resuelto a finalizar el juicio al dia siguiente si era posible, atendiendo a la órden de la suprema autoridad y a la indignacion pública que pedia un castigo ejemplar para monstruos de que no se tenia idea.

III.

El juicio se siguió con la mayor rapidez que se pudo. En 48 horas estaban concluidas las declaraciones de los reos. Se encontraban convictos y confesos de cuanto habian hecho. Lo único que aconteció de notable en todas ellas fué la conclusion de la de Bruno.

—Supuesto que mis esperanzas han fracasado, le dijo al juez con despecho; no deseo perdon ni quiero la vida; sentenciadme a muerte y recibiré el último beneficio que debo esperar del mundo y de mis jueces.

—¡Nada teneis que agregar? le interrumpió el juez.

—Nada, nada. La *justicia* de los hombres me ha perdido haciéndome bandido de honrado que era; ahora seria un mal que dejaseis de consumir la obra que principiastes al lanzarme en la corriente del crimen.

—Siempre habeis sido un malvado, le observó el juez.

—No siempre, señor, respondió éste con cierta melancolía que le trasportaba a avivar el recuerdo de sus primeros años.

—¡Qué, habeis olvidado los robos, el rapto

de la jóven, la puñalada a R..... en la noche que huisteis de abordó?

—Todo lo recuerdo, señor juez, pero antes de esos robos, de esa muerte, del rapto de Anjela, yo era el artesano honrado que servia de ejemplo a la ciudad, no el bandido famoso a quien hoi se le presenta con la monstruosidad del espanto.

—Erais honrado, como lo han sido todos, le objetó el juez, pero despues no han bastado las penas que habeis recibido para enmendaros. Habeis sido malo por naturaleza.

—No digais eso, señor; antes de que me asociasen a los criminales, de que me arrebatasen a mi adorada Anjela, de que me infamasen, yo amaba a los hombres y en cada compañero encontraba un amigo, en cada ser viviente un hermano a quien habria defendido en cualquier lance de la vida, pero despues, la infamia de los castigos me hizo pensar de diverso modo; me puso en la necesidad de correr tras de los crímenes para ocultar los ya cometidos con otros que tuviesen un carácter mas alarmante, que el ridículo del robo, la vergüenza de los azotes. Por eso me encontrais al frente de esta cruzada de ferocidad, que deseaba llevar adelante, para hacerme un fenómeno criminal que espantase al mismo crimen, que alimentara la sed de venganza que ha aparecido en mí: habria deseado reducir a cenizas mi patria para morir envuelto en los clamores de los testigos de mi degradacion y no acabar lentamente en medio de la rechifla y el escarnio de mi semejantes.

—Calla, calla, le dijo el juez asombrado de lo que oía; eres un verdadero monstruo. Piensa en que vas a morir pronto.

—¿Y condenado por que causa? le interrogó Bruno.

—Por asesino.

—Gracias a Dios! exclamó entonces, cesaré de vivir infamado y moriré sin arrastrar la vergüenza de los ladrones.

—Subirás al cadalso en 24 hora mas.

—¡Subiré a él como un valiente!

El juez tocó la campanilla y dió orden al jefe de la guardia, que pusiese en capilla a los cuatro reos y soltase a los marineros.

—Antes de morir, dijo Bruno al separarse del juzgado, desearia ver a mi madre, a Anjela y a mi hijo. Quiero despedirme de esas personas a quienes amo.

—Está bien, contestó el juez, las vereis.

IV.

Acababa de concluirse el anterior juicio, cuando ocurrían dos circunstancias imprevistas que venían a dar un carácter mas interesante a la causa ya finalizada: eran dos embarcaciones que llegaban con diversas miras.

La primera era una chalupa que conducía a los compañeros de Bruno que habían ido en persecucion de los que tripulaban el barquichuelo de Guerrero y que como hemos visto, abandonaron a sus compañeros, echando a correr en la costa de Tumbes. La segunda era

una lancha que traia al capitan y marineros de la ballenera que habian quedado amarrados en Galápagos. Aquellos parecian arrastrados por la mano de un destino funesto, que los conducia a recibir el premio de los asesinos; estos aparecian a presenciarse el desenlace de un drama que habia principiado con ellos en el desierto e iba a terminar con el castigo de los autores.

Los que habian ejecutado el desgüello de los expedicionarios, queriendo concluir tambien con los otros que habian presenciado la matanza, se habian internado, segun dijimos, al travez de los bosques de la costa y siguiendo las huellas de los fujitivos esperando librar en tierra el combate que se les habia reusado en el mar. En la persecucion continuaron toda esa noche hasta encontrarse detenidos y extraviados por la oscuridad de la tormenta que tuvo lugar. El dia siguiente lo perdieron en regresar a la playa, sin haber hecho nada en tierra y con el ánimo de incorporarse al jefe. A este no le encontraron y resolvieron en situacion tan apurada, presentarse a las autoridades de Guayaquil; pidiendo premio por los beneficios que habian hecho, combatiendo a los floreanos. Imbuidos con esta idea, se presentaron en la ciudad y reclamaron lo que creian justo.

La contestacion que la autoridad les dió fué remitirlos a la cárcel, hacerles seguir un juicio igual al de los que estában sentenciado a muerte y designar el dia en que todos ellos debian subir al patibulo.

Al día siguiente en que se tomaron estas medidas, el Oso y compañeros entraban en capilla.

Los dueños de la barca, no encontraron tan espedita la resolución del reclamo que hacían del buque. El obstáculo nacía de la resistencia que presentaba la fragata sueca, (1) alegando que aquella era una presa legal que pertenecía a la Suecia. Desatendía las razones que se le oponían haciéndosele presente, que la presa se había hecho en aguas de la nación y cuando los tripulantes eran ecuatorianos condenados a muerte por los crímenes ya conocidos. Felizmente, la exhibición que el capitán de la barca hizo de los títulos de propiedad del buque, cortó la cuestión, volviendo la nave al poder de sus legítimos dueños.

De tal modo se presentaban los sucesos para obtener un desenlace que todos deseaban.

V.

Los ocho bandidos habían sido colocados en una pieza espaciosa, en el fondo de la cual se veían arder dos luces de cerá que alumbraban.

(1) Poco antes de salir la expedición floreana del Perú, una fragata sueca se presentó en el río de Guayaquil. El gobierno del país obsequió al comandante de esa fragata, quien sea por gratitud o por especular haciendo una presa valiosa se comprometió a apresarse toda la flota del general Flores en calidad de pirática. Cuando Flores llegó a Puná, hizo una visita a la fragata de la que resultó la neutralidad de los marinos suecos, siendo que a los pocos días se hicieron a la vela.

ban una imájen de Cristo. Veinte y cuatro horas se les habia concedido para que examinasen sus conciencias y se alistaran a hacer el viaje a la eternidad. Principiaban a correr las horas fatales en que el hombre cuenta los últimos momentos de la vida, asentando sus plantas en la tierra y trasportando su pensamiento a mundos desconocidos, cuando Bruno fué llevado a un lugar aparte para despedirse de su madre, de su querida y de su hijo.

La madre, mujer anciana y seca de cuerpo, estaba vestida de luto por el hijo que aun vivia. Anjela, en la fuerza de la juventud, tenia de la mano al hijo de un amor desgraciado.

Sus cabellos caian en ondas sueltas sobre el blanco de su piel y en las lágrimas que rodaban por sus mejillas aparecia el desahogo del dolor iluminando las miradas de su corazon.

—El hijo, asustado con la tristeza de su madre, se asia con fuerza del vestido de ella y como si conociera que Bruno, su padre, a quien no conocia, fuera el autor de la afliccion de Anjela, el muchacho parecia querer huir.

La primera aparicion de Bruno fué tierna. Llantos y abrazos se sucedieron. Pasó una de esas escenas en que solo el corazon puede hablar y el dolor delinear las impresiones.

Cuando Bruno se serenó un poco, dijo a las personas que habian presentes:

—Les he mandado llamar, para pedirles perdon por lo que les he hecho sufrir. A usted madre la he renegado en mis prisiones, porque a usted la hacia responsable de mi primer encarcelamiento, críjen de la pérdida de su

hijo. No quiero llevar al otro mundo la acusación que mi conciencia le hacia; la he llamado para perdonarla y para que usted también me perdone, madre mía.

La madre confusa, avergonzada y combatida por mil dolores íntimos, contestó a su hijo:

—De nada tengo que perdonarte, Bruno: porque tú eres la víctima de un crimen mío. Yo debía ocupar tu puesto.

—No, madre mía, usted no podría ocupar mi puesto porque usted no ha sido asesina y yo sí. Usted, me prohibió casarme con la única mujer que adoraba en el mundo, quizás mi amor fué demasiado exaltado y Dios obró por su mano negándome la felicidad.

Bruno tomando las manos de Anjela, que se precipitó a su seno llena de ese amor que le habia hecho cerrar los ojos al honor, continuó:

—Mi felicidad debía ser mui grande poseyendo a esta mujer que idolatro y cuya memoria jamas se ha apartado de mí; ahora siento con mas vehemencia esa verdad, ahora que la estrecho en mis brazos por última vez. ¿No es verdad, Anjela? ¿no es verdad, madre mía?

La madre se cubria la cara con las manos sin atreverse a contestar y Anjela enajenada por el amor, respondió como fuera de sí.

—Sí, Bruno, la felicidad que no encontramos aquí debe esperarnos en el cielo. Legítima a tu hijo, que mi viudedad la consagraré al culto de tu memoria.

—¿Quieres dar mi nombre a nuestro hijo?

le interrogó Bruno con la espresion ardiente de la suma felicidad. Dímelo, Anjela, ¿es eso lo que me has dicho?

—Sí, Bruno querido, quiero ser tuya aun en el patíbulo.

En aquel momento, los dos amantes se olvidaron que se hallaban en presencia del hijo y de la madre. Los lábios encendidos y espresivos de Anjela se dirijieron a vaciar su alma en el corazon de Bruno, y Bruno cediendo de ver aquel espíritu amoroso se lanzaba a tomar el beso de su querida, cuando la madre que permanecia aletargada, vacilando entre la vergüenza y el deber, interrumpió aquella espresion de amor dando un grito mortal:

—¡Es imposible, sois hermanos!

Si un rayo hubiese caído en medio de Anjela y de Bruno, no habria hecho el efecto que hicieron las palabras de la madre. Los dos amantes apartaron sus rostros por un impulso uniforme, soltándose el uno de los brazos del otro, como si sus fuerzas físicas se hubiesen agotado de súbito. Parecian heridos por la maldicion de Dios y como avergonzados todos tres de sí mismos, bajaron las cabezas, sin atreverse a levantar los ojos. Ese silencio de los abismos, vino a ser interrumpido por el espanto del hijo que se abrazaba de las piernas de la madre interrogándole:

—Madre! madre! ¿qué tienes?

Anjela no sabia lo que por ella pasaba y sin darse cuenta de lo que hacia, repelió al hijo que le llamaba con la voz encantadora de la naturaleza:—Madre mia!

Bruno apercibiendo esa repulsion, murmuró entre dientes:

—Inocente muchacho, que horrorizas a tus padres. Y en seguida, dándose vuelta hácia un rincon de la pieza, continuó en una especie de soliloquio que daba una idea de lo que por él pasaba.

—Mi madre adúltera, se decia..... yo ladron y asesino..... mi hijo un crimen..... Anjela, mi hermana.... y mañana el patíbulo..... Ah, Dios mio! gracias te dei porque me arrebatas de este pantano de maldades en donde los crímenes me ahogan.

Fatigado Bruno, con la escena que acababa de pasar y sin valor para permanecer en aquel sitio: se dió vuelta para volver a la capilla. Al dar el primer paso con los ojos cerrados, tropezó con un bulto que le tomaba de los pies; involuntariamente miró. *Era su madre que temia la presencia del hijo asesino e incestuoso y que buscaba en aquel hombre un consuelo, la salvacion de ella.*

—Adúltera! gritó Bruno dando un paso atrás y avergonzado de su madre.

—Perdon! hijo mio....

—No puedo perdonar lo que no me toca, repuso Bruno. Pedid perdon a mi padre que está en el cielo.

—Perdon por todo, perdon!.....

—Te perdono por lo que toca a mi deshonra, por lo que toca a las faltas causadas por el crimen de una madre infamada para el mundo y quien sabe si perdida para Dios; pero del adulterio..... no puedo.....

La madre creyendo ver en su hijo al único hombre que podría libertarla de los remordimientos y sintiendo que se le escapaba de las manos, se levantó fuera de sí cual una vision descarnada que se avalanza agonizante tras un objeto que le arranqué del tormento, echándole los brazos sobre el cuello y pidiéndole con frenesí.

—Perdon para tu madre!

El hijo mas espantado que conmovido y sin sentir las pulsaciones de un corazon filial, creyó ver en la madre la viva imájen del adulterio y tomándola con todas sus fuerzas, hizo un movimiento de terror y la arrojó lejos de sí. En seguida salió precipitadamente de la pieza, dejando en el suelo un cuerpo revolcado en la tierra que acababa de perder el sentido, y mas al á un ángel que estendia la mano de proteccion a un niño.

VI.

A tiempo que Bruno volvía a entrar a la habitacion donde se encontraban sus compañeros y de donde debían salir para el otro mundo, varios presidarios se ocupaban en levantar hácia la mitad del malecon, una plataforma para colocar sobre ella las ocho tribunas de los asesinos.

Un jóven frances, artista de mérito; uno de esos hombres que hacen creer en la virtud social y fortifica el espíritu combatido, cuando se palpan las deslealtades de la amistad, las

calumnias de la ignorancia y la ingratitud de las sociedades que se encuentran dominadas por vicios y errores, para con los espíritus que se abnegan por el bien, ese jóven decimos, M. Diron, lleno de corazon y de intelijencia, contemplaba con tristeza la elevacion del patíbulo y admiraba la uniformidad de ideas en cuanto veia, que asentaban como axioma, la necesidad de hacer morir a los reos.

La multitud circulaba ocupada de las ejecuciones que debian tener lugar, al dia siguiente.

—Son monstruos, decian refiriéndose a los reos, deben morir.

Y tras de ese pensamiento espresado, cada cual escitaba y se escitaba contra los condenados a muerte, narrando los crímenes que habian cometido y atribuyendo cuanto habian hecho a un corazon pervertido desde el dia en que nacieron. No se oia una espresion compasiva y tan solo un hombre sentia por los desgraciados; era Diron en cuya alma vivia la lei humana que rechaza el crimen para castigar el crimen, que veia en el proceso de los reos, no el corazon de la fiera naciendo del hombre, sino al morir naciendo fiera a causa de las instituciones criminales que imperan en una gran parte del globo y de la falta de educacion moral en las masas.

El jóven frances seguia absorto en estas ideas, hasta que fué interrumpido por la interrogacion que le hacia un abogado del pais, que en aquel momento se acercaba.

—Que le parece a usted, señor, le dijo; es

inconcebible lo que han hecho esos hombres (refiriéndose a los reos.) ¿Sabe usted cuántos crímenes han cometido?

—Sí, señor, le respondió Diron, todo lo sé.

Y como al responderle de este modo, con un aspecto melancólico el abogado creyese reprendia su alegría, continuó procurando vindicarse con el jóven frances, diciéndole:

—Parece que usted está impresionado con el patíbulo que se construye?

—Sí, señor, nunca he podido prescindir al sentimiento cuando he palpado la desgracia de miembros de la familia humana.

—¿Esos facinerosos no pertenecen a la familia humana?

—Pertenecen como usted y como yo.

—Pertenecieron, contestó el abogado con prontitud; pero desde que han atacado a esa familia, se han hecho sus enemigos, han dejado de ser hombres, son monstruos.

—¿Monstruos que deben morir, no es verdad? agregó en tono de réplica el jóven frances.

—¿Pues que otra cosa debe hacerse? ¿querria usted que quedasen impunes los crímenes? Tal pretension equivaldria a autorizar el asesinato. El que mata debe morir.

—Al que mata debe enmendársele, segun pienso, repuso Diron con ese aplomo del hombre que ha llegado a formar sus convicciones en el estudio de las ciencias y mas que todo en la escuela práctica del gran mundo.

—Para el que no se corrije en las prisiones y en quien los castigos no influyen, dijo el abogado con esa tranquilidad que se adquiere

con los hábitos de la educación, no hai que perder el tiempo en tratar de correjirles, mucho mas al que asesina. Las leyes han graduado la escala de los crímenes y para cada uno se ha establecido una pena justa como lo es la de la muerte para los reos de sangre.

—Pues yo creo, contestó Diron, que ni es justa la pena de muerte que estatuyen esas leyes y que el sistema que emplean para castigar, produce el efecto contrario que se propusieron los lejisladores.

—Seria raro que los lejisladores de nuestros códigos se hubiesen equivocado, añadió el abogado en un tono asorado como si la opinion contraria de Diron hubiese herido el honor nacional.

Fácil fué a este leer en el semblante del abogado, la revelacion del nacionalismo ofendido y a fin de manifestarle que su opinion, que estaba en pugna con las leyes criminales del Ecuador, tenia fundamentos nada despreciables, que léjos de ofender el nacionalismo o dañar las convicciones de la mayoria, podian servir de utilidad presentándoles un mal admitido para reemplazarlo por un bien desechado, abordó la cuestion que discutia, reduciéndola a los términos mas precisos.

—Para mi modo de pensar, le dijo, creo mala esa parte de la lejislacion a que usted ha hecho referencia. La pena de muerte es injusta porque no hai derecho para aplicarla; y el sistema penitenciario de cárceles que aquí se conoce, léjos de curar a los infractores de las leyes sociales, les empeora, por cuanto les

pervierte la moral y les mantiene en contacto a todos los que caen en una falta, aun cuando la falta sea diversa y los reos avesados o no en el crimen.

—La justicia es la aplicacion de la lei le interrumpió el abogado, y la lei que es la que constituye el derecho, es la que estatuye la pena de muerte. Creo que usted sufre un error al sentar que no hai derecho para aplicar el suplicio.

—Ciertamente, señor, el derecho civil que ha sido la recopilacion de los errores, de las pasiones y del diverso conocimiento que los hombres han tenido en el corazon humano, segun las épocas que han lejislado, ha sido el derecho que autorizó a los soberanos o a las naciones para castigar con la pena de muerte; pero yo no hablo del derecho de esa historia vergonzosa para la humanidad, hablo del verdadero derecho que está fuera de las impregnaciones malélicas del hombre; del único derecho que en verdad existe y del único de que puede emanar la justicia; es el código, señor, que escribió el autor del universo en el corazon del hombre, como la lei de existencia que imprimió en cada astro y en cada cuerpo viviente para armonizar los movimientos y el desarrollo de la vitalidad; hablaba del derecho natural. Segun ese derecho, la pena de muerte es la injusticia, porque la vida, ese soplo de animacion que Dios dió al hombre, solo a Dios pertenece, no a la sociedad ni a los soberanos, por cuanto ni las sociedades ni los soberanos han recibido poder para disponer

de lo ajeno, alterar esa voluntad suprema que manda al hombre vivir y nunca matar. La pena de muerte es el suicidio del derecho, el suicidio de la humanidad en el hombre.

—Segun la opinion de usted, replicó e abogado, ¿la lei civil no debe obedecerse.

—Siempre que pugne con la lei natural, creo que no solo no debe obedecerse, mas aun, que es obligatorio rechazarla?

—En tal caso, la existencia de la sociedad seria imposible, pues si careciese de los medios coercitivos de las acciones humanas, la anarquia reemplazaria al órden, el derecho de la fuerza se sobrepondria. La lei natural no alcanza a satisfacer las exigencias de la sociedad.

—¿En qué caso señor?

—El caso presente de los asesinatos puede servirnos de ejemplo.

—En este caso lo que aconseja la razon es, separar al asesino, ponerle en estado de no hacer mal y al propio tiempo castigarle y educarle.

—Tal pena no corresponderia al castigo del destino.

—¿Es decir, que lo que usted quiere es, que para castigar el crimen de asesinato la sociedad cometa otro crimen asesinando al reo?

—La necesidad que los miembros de una nacion tienen de preservarse de un malvado, lo aconseja y lo justifica.

—¿Y si ese malvado puede volver a ser un miembro útil para la sociedad? ¿si en vez de fusilársele le condena a un retiro dilatado,

donde desaparezca la flor de su edad teniendo a sus ojos el espacio cortado por murallas; en donde el contacto con el hombre no existiese y la única voz que llegara a sus oídos fuese la palabra del hombre moral que día a día le abriera el espíritu al conocimiento de la virtud y del honor; en donde si es vago se ocupará en aprender un arte lucrativo, por fin, en donde las pasiones nocivas fuesen vencidas por el remordimiento que hace nacer la soledad, por la educación, el trabajo y por ese aislamiento más terrible que la muerte, ¿qué diría usted? no convendría en que se conservase la vida al que se mandaba desaparecer como inútil y perjudicial para tornarle en hombre nuevo, industrioso, que al recobrar la libertad fuese un modelo ambulante de la rehabilitación de ese ser? Los pueblos no están constituidos para destruir, su misión es la de progresar, mejorar, y cuando la ley civil cree llenar vacíos del código natural, es porque los legisladores no consultan a ese código, se dejan dominar por las pasiones o por la ignorancia, resultando de sus disposiciones no el suplemento de un vacío sino la creación de un abuso que llaman ley. Leyes civiles y no naturales han sido las que estatua la Grecia imponiendo el suplicio para el ladrón; las que dictaba la Inglaterra autorizando el esterminio de los naturales de Norte-América para posesionarse de un territorio; las que promulgaba Sisto IV erigiendo el tribunal de la inquisición; las que publicaba Felipe II para alcanzar la conquista de las colonias españolas;

las que han establecido los déspotas para apagar con sangre la vida de la libertad. Estienda usted la vista por esas instituciones que han regado con la muerte la especie humana, y verá que el suplicio, la hoguera y el tormento han sido los recursos espeditos de que se ha echado mano para aniquilar los destellos de la razon, y observe usted que todas esas monstruosidades se han promulgado a nombre del interes jeneral. Todos los pueblos del orbe han pasado por ese martirio de la ignorancia que hoy llamamos barbarie, y cuando la civilizacion ha acudido en apoyo de la justicia, los primeros que han columbrado el error, se han apresurado a salir de ese estado, modificando sus código. Por eso, algunas naciones que marchan a la vanguardia de la civilizacion han sustituido la pena de muerte por la reclusion en Panópticos.

Las naciones han sido bárbaras en proporcion a la distancia en que se han colocado de la lei natural. Cada mejora no es otra cosa que el paso que damos para aproximarnos a ese código y el triunfo de la humanidad será el triunfo de la lei natural, que es el sentimiento, la razon universal. De lo contrario, ¿cómo creer que el autor del Universo hubiese dictado leyes para la armonia de todo lo creado y solo para el hombre, su primera obra, hubiese dejado vacios? Nuestra ceguedad se disculpa con calumniar.

El abogado combatido por las nociones que habia adquirido en el aprendizaje de las leyes civiles y por la verdad incontestable de

las demostraciones del jóven frances, se dejó dominar por sus hábitos ofreciendo en su alma la apariencia de la justicia. Tartamudeó algunas palabras que revelaban ese estado de espíritu, luego como que queria buscar una réplica, pareció pensar. El jóven frances continuó entonces:

—Por mui criminal que sea un hombre, cuando sube al patíbulo, es indudable que el público testigo del suplicio no siente odio, siente dolor, querria ver salvo al desgraciado. ¿Por qué, pues, esa voz del corazon que pide perdon para el reo, que rechaza la vista de la sangre, no es reemplazada por el eco de la alegría? ¿Por qué esa palabra doliente para el moribundo que ha sido asesino? Es que hai un vacio en el alma que inquieta al frio espectador; una sublevacion de la conciencia que protesta de la pena; la injusticia que conmueve a la humanidad; es el crimen que la sociedad va a cometer con la conciencia de la lei civil y cuya ejecucion condena a esa misma lei, la voz infalible del corazon.

Si en aquel momento se consultase uno por uno a cada espectador, el condenado a muerte no moriria.

—Y qué harian con el asesino? observó el abogado.

—Le llevarian a un *panóptico*, como he dicho a usted.

—¿Y si no tenemos esa clase de prisioneros?

—La culpa no es del reo; es de la sociedad que abdica su soberania, es de los gobiernos que han olvidado satisfacer las exigencias so-

ciales; que han perdido su tiempo y destruido las riquezas públicas ocupándose de sus intereses, de sus ambiciones. Para los gobiernos, es cómoda la pena de muerte porque no cuesta quemar mas que unos cartuchos; para la humanidad es la consumacion de un crimen y la pérdida de individuos de su familia. No ve usted ese abandono por el progreso de los pueblos?

¿Hai acaso mas desatencion posible que en el sistema actual de prisiones? Por no pensar, por no estudiar al hombre, se vive en la barbarie.

Observe usted que la legislacion penal por fundamento el castigo y sin mas que el castigo se quiere corregir a los reos. No se acuerdan que el hombre es criminal por mala educacion o por falsas impresiones de la infancia; por eso creen que basta el encarcelar, el engrillar, el infamar y se olvidan que cuanto mas dura sea la pena, con tal que al mismo tiempo no se atienda la correccion moral del individuo, el individuo conservará mientras viva la disposicion al mal. Debe atenderse a la educacion antes que al castigo si es que se quiere corregir al delincuente; lo contrario es sistemar la pérdida del reo y en vez de sacar de él un ciudadano útil, resultará un fenómeno como son los que van a fusilar.

Rehabilitar al criminal, por medio del honor, debe ser la última espresion del progreso en la legislacion penal.

La presencia de algunos amigos que se acercaron a estos dos señores que discutian,

interrumpió la conversacion, haciéndola pasar a frivolidades que no son del caso. M. Diron se retiró.

VII.

Cualquiera que hubiese aportado a la capilla de los reos, habria creído que aquellos hombres estaban tranquilos con su conciencia y se ocupaban de vivir.

—Tal vez nos creerán llenos de miedo, dijo Barra, y se prepararán para vernos temblar.

—Si alguien tiene miedo, agregó el Oso, vale mas que se ahorque antes de salir.

Conversaban de este modo, cuando la luz del dia entró a la capilla. A vista de ella exclamó Galiote:

—Hoi debemos morir como héroes y tú Bruno que nos has servido de jefe, condúcenos con el mismo valor que lo has hecho siempre.

—Les daré el ejemplo, respondió Bruno, apretando la mano de sus camaradas con la alegría del desgraciado, que no encuentra otra esperanza para descansar que la muerte.

VIII.

En la mitad del malecon, sobre la meseta que se introduce al rio frente a la Aduana, estaba el cadalso.

Desde las ocho de la mañana, un jentío numeroso se estendia desde la puerta de la cárcel hasta aquel punto.

A las diez, el tambor anunció la salida de los reos.

Una doble fila de soldados les rodeaba. Cada reo vestía la mortaja blanca salpicada de sangre y el gorro en cuyo frontis se leía:

Por asesinos y piratas.

El confesor ayudaba a su confesado. Palabras de esperanzas y de terror salían de los labios de los sacerdotes, provocando el arrepentimiento de las víctimas. El tambor apagaba los ecos de los *padres* y los bandidos levantaban sus frentes impávidas, como si el lema de sus gorros fuese la corona de su triunfo. La multitud se agrupaba para reconocer a los reos y ellos paseaban miradas sobre esa jente, que en medio de la indignación arrancada por los asesinos, sentía compasión.

La marcha era pausada; la caja armonizaba el compás de los que se dirijían a la eternidad.

De súbito se les presenta el patíbulo; siendo un golpe amargo que se desliza por la sangre con el frío del desfallecimiento, empalidecen y a la vez se avergüenzan.

—Nada de miedo, les dice Bruno, notando la turbación de sus camaradas.

Y los camaradas se reincorporan, ahogando las pulsaciones de la impresión, sin detener la marcha.

Pronto aparecen sobre el tablado. El tambor cesa de tocar: el silencio de la multitud anuncia el abismo. Los sacerdotes se despiden de los reos; solo al verdugo se le vé mezclado

en aquel grupo, amarrando a cada uno en su puesto. Una venda les priva de la luz. En aquel momento de éxtasis los reos parecen orar y Bruno, queriendo abreviar el tiempo, esclama desde su banco:

—Fuego!

Entonces se deja oír el coro de los relijiosos que entonaban el *Credo in unum Deum* y la descarga de la fusileria que arrancaba la sangre a los que eran reos de sangre.

Los cadáveres quedaron a la espectacion pública hasta llegada la noche, en que fueron ocultados bajo las entrañas de la tierra.

Lima, diciembre 1.º de 1855.

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE.]

NOTAS.

No habia pensado dar a luz tan pronto el trabajo que antecede, pero aconsejado por varios amigos, lo he hecho sin haberle dado toda la estension que meditaba. Habria querido tratar con alguna mayor latitud el sistema penitenciario que se observa en nuestras cárceles; habria querido pintar demostrativamente los grados de delincuencia por el cual suben los hombres, en razon de lo defectuoso que es el código penal y del abandono en que se hallan las prisiones; habria querido, por fin, presentar un plan minucioso de la clase de Panópticos que deben plantearse para corregir los crímenes; pero cierto abandono que se apodera del espíritu cuando éste llega a convencerse del poco caso que hace la sociedad de los trabajos sérios, me hizo desmayar y dar a la prensa los manuscritos que redacté a fines del año pasado, para combatir el aburrimiento a que estaba condenado en el escondite, que circunstancias políticas me obligaron a tomar, en union de mis hermanos Francisco y Luis.

Durante los seis meses que permanecemos desterrados en Guayaquil, tuve ocasion de fijarme en la multitud de procesos criminales que allí se trasmitan y de admirar la ferocidad con que se cometen los crímenes. La multitud de ejecuciones que tienen lugar en ese pais me revela que nada se conseguia con haber establecido el juicio por jurados en materia criminal (lo cual es mui honroso para el Ecuador), si no se atendia a la reforma de las cárceles que allí se encuentran en un estado mui atrasado.

Felizmente, en el dia, esa desentendencia para mejorar el sistema penitenciario, que era jeneral en América, parece llamar la atencion de los hombres públicos, y ya tenemos que en Chile existe un Panóptico aunque defectuoso, y que en el Perú, merced a los estudios que de la materia ha hecho el señor don Felipe Paz Soldan y al deseo por mejorar el estado del pais del Gran Mariscal Castilla, se ha dado principio a la construccion de otro. Se ha principiado, pues, a reformar y ojalá que los pueblos americanos, esquilmdados por la anarquia y la falta de patriotismo, en vez de ocuparse de intereses mezquinos, piensen en lo que hasta hoi no han pensado—en progresar.

RÉJIMEN PENITENCIARIO.

Hai tres sistemas principales.

Primero, el de las *clasificaciones*.

Segundo, el de *Auburd o Grand* (nombre

de ciudades), que consiste en la separacion de los presos durante la noche y trabajo comun durante el dia, con el silencio mas riguroso.

Tercero, el de *Filadelfia*, que consiste en la reclusion celular de dia y de noche; o en el trabajo solitario.

El de las *clasificaciones* se apoya en dos fundamentos: 1.º, el jénero del delito: 2.º, moralidad presumida del detenido.

Se ve que este es un delito hábil para no amontonar toda clase de criminales. Contra el primer fundamento se objeta: que la materialidad de un *hecho* (crimen) puede ser idéntica; como el robo de una cantidad o la muerte de un hombre, pero que la *moralidad* (intencion) no puede ser la misma; por ejemplo, el que roba para dar de comer a su familia, el que roba para divertirse. Así es que pueden amontonarse o *clasificarse* a muchos semejantes en cuanto al crimen, pero desemejarse cuanto a la *medida* del crimen.

A pesar de ser fundadas estas objeciones, pueden desaparecer *clasificando* segun la *medida* del crimen. Es así como podria hacerse entrar este sistema en los otros, aunque presenta grandes dificultades.

Contra el segundo fundamento se objeta: que hai peligro porque se pueda recompensar la hipocrecia y tambien el peligro de abolir las distinciones establecidas por la lei en la escala de las penas.

El segundo sistema que llamaremos *silencioso*, presenta graves inconvenientes para su

adopcion. El peligro de las conspiraciones, las distracciones perpétuas, la necesidad de castigar injustamente. Allí, los malvados se reconocen, se asocian y se encuentran reunidos sin clasificacion. De aquí esa mezcla heterojénea que produce la depravacion. La rehabilitacion se hace difícil y las reincidencias son frecuentes.

El tercer sistema de las celdas (Filadelfia) ofrece ventajas considerables.

Igualdad en las penas. El encierro susceptible de proporcionar la intensidad de la pena a su medida real atenua en parte los efectos de este vicio fatal de la lei.

Todos los elementos de orden y de reforma moral están reunidos en este sistema:

1.º La disciplina sin esfuerzo.

2.º El trabajo no es como el de Auburn, una necesidad impuesta por la amenaza. Es mas moral y mas intelijente, pues el detenido lo considera en el aislamiento como un beneficio, y por fin

3.º El criminal está entregado a sí mismo, donde puede leer y meditar con profundidad.

FILADELFIA.—La cárcel es un edificio inmejorable bajo todos aspectos; contenia 350 presos, todos separados: para cada uno hai un pequeño cuarto con su pátio; son vistos y observados por un agujero que hai en cada puerta, a manera de codo estrecho por afuera, como la niña del ojo, y ancho por adentro: dicen que no hai peor castigo que tenerlos de este modo, y que salen tan enmendados, que es mui raro el que vuelva a ocupar esta casa:

todos trabajan segun su oficio, o el que allí aprende; y al cabo de tres o cuatro años salen ganando trescientos o mas pesos, fuera del gasto que han ocasionado, pues ninguno come a costa de la nacion. Le sirven la comida por un hueco que todos los cuarto tienen en el techo: los presos no hacen mas que poner el plato y se los llenan. Se sirve la comida con la mayor rapidez por un camino de fierro. Las camas están dob'adas y suspendidas hácia el techo; por la noche las bajan solo para dormir: están dobladas por resortes, sin deshacer la cobija. La construccion de esta cárcel es extraña: forma un circo al medio; colocado uno en él divisa ocho calles, y no sabe por la que se ha entrado: es gobernada por pocas personas: allí no hai ruido de cadenas como en otros presidios, y solo se oyen golpes de martillo, de picas, y bulla de sastres, zapateros y de cuanto oficio hai en la sociedad: esos hombres que el desenfreno y la pereza habian echado al crimen, se vuelven marzos, honrados, atentos y laboriosos: de malos que eran se acostumbran a ser sociales: están tan resignados con su suerte que no hacen el menor esfuerzo para escaparse, y se asegura que la separacion del mundo y el trabajo ha suavizado sus costumbres.
